



A Sexy
Berling
New Year

Maya Blair





A Sexy
Berling
New Year

Maya Blair



A Sexy Berling
New Year
(Serie Sexy Berling 2)



Maya Blair

A Sexy Berling New Year (Sexy Berling 2)

© Edición 2013

© Maya Blair

Portada: © Marisha – Shutterstock

© rabbit75_fot – Fotolia

Diseño y maquetación: KD

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Dee Vargas no necesita una foto que le recuerde a Gabriel Berling; es incapaz de sacárselo de la cabeza. Una noche ha bastado para que se le meta bajo la piel, pero necesitará muchas más para poder borrarlo de su memoria, de su cuerpo... y evitar caer de nuevo en sus redes.

Gabriel Berling no es de los que acepta un no por respuesta y el destino —ayudado por él— hará que vuelva a tenerla justo cómo desea; desnuda y a su merced.

La cuenta atrás para el nuevo año apenas ha comenzado y la noche está que arde. ¿Podrá Dee resistirse al sexy Gabriel o volverá a dejarse arrastrar por la tentación?

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Capítulo 1

Estoy desnuda frente al espejo. No hay nadie más en el dormitorio salvo yo, mis pensamientos y esa fotografía de Thomas Green que descansa apoyada de cara al armario empotrado y que resulta peor que ser apuntada sin clemencia por un dedo acusador.

El peso de las decisiones de esa noche cae sobre mí con toda su fuerza y, mientras observo el desfigurado reflejo que me devuelve el cristal, albergo en mi pecho cierto cargo de conciencia por mis alocados actos. Actos que se asientan sobre mis hombros y me hacen sentir como si fuera alguna especie de Atlas del nuevo siglo.

No puedo dormir. Da igual lo que haga, él me persigue. Gabriel está presente en todos lados, su alargada sombra me acecha allá donde voy. Se ha infiltrado en mi consciente y en mi inconsciente. Me persigue en mis sueños, vive en mis deseos, pasea por mi mente. Se refleja en las marcas de nuestra pasión compartida, las mismas que

comienzan a desdibujarse en mi piel poco a poco, y en esa fotografía que no he vuelto a mirar desde hace dos días. Desde que pasó todo.

Me centro en mí e intento desterrarlo de mi cabeza al menos por unos minutos, empujándolo al rincón más sombrío al tiempo que vuelco mi atención en la imagen que me devuelve el espejo. La imagen de una mujer de treinta y cuatro años, de rasgada mirada verde y nariz coqueta que de repente ya no conozco tan bien.

¿Por qué? ¿Qué hay de diferente en mí para que me sienta así?, me pregunto sin dejar de observarme.

Aparto la oscura y lisa melena, que cae sobre mi hombro y se derrama por mi espalda con un sutil cosquilleo que pone en alerta a las terminaciones nerviosas de mi piel, y aquieto un estremecimiento de placer. Entonces, apoyo las palmas en la frialdad del cristal y escudriño en esa mirada gemela en busca de los misteriosos senderos que llegan a lo más profundo, allí donde reposa el alma. Pero no encuentro nada.

Me repito que soy yo, que sigo siendo yo, y

sin embargo sé que algo ha cambiado. Algo tan sutil que no soy capaz de darle forma o nombre, tan sólo de sentirlo.

«Eres el mismísimo Demonio, Berling. Me has robado algo, ¿pero el qué?».

Despego la mano derecha de la superficie del espejo y la llevo a mi rostro para trazar con la punta de los dedos sus líneas y curvas mientras *Wrapped Around Your Finger* empieza a sonar dentro de mi cabeza. Retengo la música allí hasta que mis labios se entreabren y empiezan a articular las palabras entre susurros quedos.

—«Me tendrásen la palma de tu mano. Mefistófeles no es tu nombre, pero está claro que lo mismo que él te propones. Me esforzaré en asimilar tus enseñanzas...».

El ritmo se adueña de mí y mis pies comienzan a moverse, ajenos a mi voluntad. De repente, me encuentro bailando con la más improbable de las parejas; mi propio reflejo. Pero me da igual.

Entrecierro los ojos y me dejo llevar. Ahora somos yo y ella; la real y el eco que está atrapado

en esa prisión transparente. Dos cuerpos que se mueven a la par y cuyas manos acarician sus respectivas pieles, como si fuéramos adivinas en trance deslizándolas sobre una bola de cristal.

Los roces se vuelven cada vez más osados, más sensuales. La música suena y suena sin parar dentro de mí. Más oscura, más voluptuosa. Me estoy excitando sin remedio.

«Dee».

La voz de Gabriel vibra en mi interior, alimentando el fuego que amenaza con devorarme.

Prisionera de mis más bajos instintos, abandono el espejo, me acerco a la fotografía y le doy la vuelta antes de caer de espaldas sobre la cama, delante de ella.

«Acaríciate para mí, Dee».

No está aquí, y sin embargo tiene el control. Me maldigo por ello mientras permito que mis manos jueguen con mis henchidos senos hasta que mis parpados se cierran temblorosos. Entonces, imagino que son las tuyas las que me tocan. Que son sus dedos los que pellizcan mis prietos pezones, los que descienden por mi estómago y

trazan espirales en mi ombligo. Los mismos que avanzan hasta ese lugar entre mis piernas que se deshace por él.

Gimo y me retuerzo cuando siento las primeras caricias en el clítoris. Al principio son suaves, lentos círculos que se pierden a continuación entre los pliegues de mi sexo para volver a ascender de nuevo en dirección al insaciable botón. Pero según el hambre crece, así lo hace la intensidad de los roces.

Veo a Gabriel sobre mí. Su torcida, maliciosa sonrisa de suficiencia mientras le ruego que me dé más.

Mis dedos resbalan en direcciones contrarias y jadeo su nombre con una mano perdida entre los muslos y la otra ahuecando un pecho a la vez que hundo dos dedos en mí. Lenta pero inexorablemente. Una falange. Dos. Así hasta que se han deslizado hacia lo más profundo de mi vagina.

Aprieto las resbaladizas y calientes paredes de mi hambriento sexo entorno a ellos, tiro de un pezón y dejo que un gemido incontrolado se me

escape de entre los labios. Saco los dedos con pereza y vuelvo a sumergirlos. Lo repito. Mis caderas se retuercen, la respiración se acelera. Sigo dándome placer durante lo que parece una eternidad, hasta que ya no puedo contenerme más y, abandonada a mi propia lujuria, empiezo a masturbarme cada vez más rápido. Más duro.

Estoy tan húmeda... Puro deseo empapa mis dedos, brota de mi vagina y resbala por los muslos abiertos de par en par.

«Ahí está, encanto. ¿Lo sientes? Abre los ojos. Mira la fotografía y córrete para mí. Dame lo que es mío».

Lo hago y al instante el orgasmo me barre por completo. Tiemblo sin control y lo apuro y exprimo hasta el último segundo, hasta la última contracción.

—Oh, Dios... Sí, ¡sí!

Soy incapaz de dejar de mover los dedos en mi interior. Se siente bien, pero no es igual a lo que experimenté la otra noche. Sé que nada volverá a serlo y le odio por ello.

Me duele el cuerpo de necesitarlo tanto. Es

como si me hubiera inoculado algún extraño veneno cuyo antídoto temporal fuera estar con él, desnuda, caliente, excitada.

—Gabe, maldito seas —grito con la voz rota.

Corcoveo sobre la cama, vuelvo a arquear la espalda y retuerzo las sabanas con la mano con la que antes jugaba con mi pecho según remonto una nueva oleada de éxtasis.

Cuando todo termina, mi cuerpo está sereno pero mi mente no es capaz de encontrar la paz que tanto necesita. Porque al final lo he hecho. Lo he complacido. Le he dado lo que me había exigido en esa puñetera nota.

Ya no me obsesiona él, sino las preguntas sin respuesta que se agolpan en mi cabeza. ¿Por qué yo? ¿Qué pretende de mí? ¿Qué significa el Thomas Green? ¿Qué soy para él, un polvo o algo más? ¿Cuál será su próximo movimiento? ¿Realmente volveremos a vernos o tan sólo está jugando conmigo? ¿Por qué me mantiene en este desasosegante estado de incertidumbre?

Me quedo mirando el techo con el pecho cargado de rabia y culpabilidad y sigo así hasta

que los parpados se vuelven cada vez más pesados
y se cierran, llevándome consigo al olvido.

Capítulo 2

En días como hoy me gustaría ser Wonder Woman o la versión femenina de Jesucristo, pero por desgracia no lo soy. Ni lo uno ni lo otro. Y ahora mismo no me vendría nada mal tener súper poderes o la capacidad de hacer milagros, porque me encuentro frente a una de esas crisis que requiere de una de las dos cosas para su solución.

—Dile que no eres Dios —articula entre susurros Nadia, mi asistente.

Estoy al teléfono con Rose Winchester, una llorosa clienta al borde de un ataque de nervios. ¿Por qué? Pues porque su flamante prometido ha tenido una repentina epifanía —¡a catorce días de la fiesta de compromiso!— a raíz de la cual ha decidido que el evento debería de celebrarse en el *Maidstone Club* de East Hampton en lugar de en la increíble mansión de sus futuros suegros en Norwalk, Connecticut.

—Tranquila, Rose. Respira.

Hablo con voz serena y pausada, sabedora de que una de las dos tiene que mantener la cabeza

sobre los hombros, y le aseguro que no hay motivos para entrar en pánico.

«Mentirosa, mentirosa».

—No vas a ser capaz.

He escuchado esa frase en infinidad de ocasiones y he demostrado en otras tantas que nada es imposible si tú pones toda la carne en el asador para sobreponerte a la adversidad.

«Borra esa frase de tu vocabulario si quieres hacer de esto tu modo de vida», le escribo en un papel.

—Tienes la agenda a tope —me recuerda Nadia a renglón seguido.

Me encogería de hombros si fuera posible, pero si lo hiciera se me caería el teléfono que sostengo con el hombro mientras le redacto a Alberto un correo electrónico con un enorme y desesperado S.O.S. en el «asunto».

—Ya... Tradición familiar, sí —murmuro a la vez que pulso «enviar».

La lista de motivos que esgrimía su prometido, la misma que me obligaría a invertir mi día de relax en el arreglo de semejante

desaguisado, se reducía a una única cosa: si tres generaciones de los Waldorf lo habían hecho en el *Maidstone Club*, ¿por qué no ellos?

No han pasado ni tres minutos cuando un nuevo correo hace aparición en mi bandeja de entrada.

Con el corazón en la boca, cojo el iPad al vuelo a la espera de que sea la respuesta a mis plegarias. Y sí, lo es. Alberto dice que estará en la oficina en cuanto sea capaz de salir del atasco en el cual se encuentra atrapado en pleno centro, lo que le podría llevar desde quince minutos a una hora entera. ¡Genial!

A la espera de que lleguen los refuerzos, la conversación telefónica sigue y sigue y Nadia se ríe por lo bajito cada vez que le paso una nueva nota con frases del estilo de «¿Tradición familiar? Sé un sitio por donde le metería la tradición familiar a su prometido», «Está claro, los matrimonios endogámicos entre ricos provocan serios estragos cerebrales a sus churumbeles» o «Ese club puede ser muy exclusivo, pero está claro que en los requisitos para formar parte de

tan selecta institución no está el tener muchas luces».

«Rechazaron a Bill Clinton, eso debería de darte una idea aproximada», leo en el papel que acaba de poner delante de mis narices. El mismo en el que ha dibujado a la becaria Lewinsky arrodillada debajo de la mesa del despacho oval, en una clara y gráfica referencia a la gran cagada presidencial que casi logra que se me escape una carcajada histérica.

Cinco minutos más tarde, la ristra de lamentos, quejas y demás inutilidades parece no tener fin y yo ya estoy más que harta de los intermitentes lloriqueos de mi clienta, que me provocan unas ganas terribles de poner los ojos en blanco, dejarme caer hacia delante y golpear la frente contra el borde del escritorio repetidas veces.

«Dios, echo de menos los viejos teléfonos de cordón», le escribo a mi asistente, que me devuelve la nota con el añadido de la caricatura de un tipo ahorcándose con el susodicho cordón.

Cuando al fin se termina la llamada, me

derrumbo por completo sobre la silla de despacho con un sonoro quejido y me froto los ojos.

No es la primera ocasión en que nos encontramos ante una situación semejante y tampoco será la última, pero ello no quita que no sea una auténtica putada, con todas las letras.

—¡Menudo desastre! —me lamento al tiempo que apoyo el codo en el reposabrazos y sostengo la cabeza en la palma—. ¿Qué voy a hacer, Nadia?

—Lo que haces siempre.

—¿Y eso es?

—Magia —responde una familiar y varonil voz desde la puerta.

Nadia se gira para recibir a Alberto con una amplia sonrisa.

Vaya por Dios... Esta chica no tiene remedio; sigue tan encandilada con él como el primer día. Lo que, si alguien quiere saber mi opinión, no es nada bueno.

En fin, supongo que todavía no ha sido capaz de hacerse a la idea de que este espécimen en particular es insalvable para el bando de los heterosexuales. Y no la culpo. A mí me costó unos

cuantos años el dar-me por vencida en mi cruzada personal por convertir a mi amigo, si no en hetero al menos en bi. Obvia decir que fracasé. A la vista está.

—Mi bonita y pequeña diosa de la eficiencia —le dice con tono meloso a mi asistente, cuya cara se ilumina igual que el árbol de Navidad del Rockefeller Center—, tráenos un par de cafés bien cargados, por favor.

Espero paciente a que ella salga del despacho para reprenderlo. Él sabe perfectamente el efecto que tiene en las mujeres y nunca ha tenido pudor alguno a la hora de usarlo para su beneficio, pero no me gusta que haga de las suyas con mi pobre chica.

—Reserva tus encantos para las clientas, truhán.

—¿Celosa? —pregunta alzando una ceja divertido a la vez que toma asiento en el mismo sitio en el que estaba Nadia—. Todo es muy inocente, ya lo sabes.

¡Hombres! A veces me dan ganas de asestarle un sopapo para ver si se le enderezan esas

neuronas que le bailotean en el cerebro como gallinitas descabezadas, en serio.

—Sí, claro. —Entrecierro los ojos con suspicacia—. Y yo tengo el trasero de JLo. ¡Que nos conocemos!

—¿Te has operado el culo? ¡Eso quiero verlo!

Por toda respuesta, le enseño el dedito medio y me quedo tan pancha. Eso sí, sin acritud, como siempre. Y siempre, siempre, con todo el despliegue de elegancia que requiere el gesto.

De repente, Alberto extrae un papel doblado por la mitad del bolsillo interior de su preciosa chaqueta gris de lana tweed, lo que atrae mi atención hacia su impecable aspecto.

Hoy está para comérselo, como siempre. Se ha puesto un vaquero estratégicamente desgastado, una camisa azul claro, un ajustado chaleco marrón y una corbata que ha debido de costar lo que yo gasto en... Mejor no pensarlo.

La cuestión es que parece sacado de la portada del *Vogue* y eso no debería de estar permitido ya que, cuando se le ve tan guapo, me

distraigo y se me hace muy difícil el concentrarme en echarle un rapapolvo. A fin de cuentas, por muy gay que mi amigo sea, una no es de piedra y se pierde solita mirando el material.

—Precisamente porque nos conocemos — señala a la vez que desdobra el papel y lo tira encima de la mesa—, no te preguntaré a cuento de qué viene esto.

Lo que acaba de lanzar es ni más ni menos que un cheque por...

—¡Jesús!

—¿Y has visto quién lo firma?

No lo necesito. Sé de sobra quién ha extendido ese cheque por la sencilla razón de que he reconocido la letra nada más verla, pero aún así termino deslizando la mirada más abajo de la cifra que acaba de dejarme prácticamente sin aliento para comprobar la rúbrica escrita con trazos enérgicos.

—Supongo que ha quedado muy satisfecho y esta es su manera de dejarlo patente. Le debe de gustar mucho hacerlo todo a lo grande, propinas incluidas —respondo al tiempo que se lo devuelvo

—. Pero si te molesta, siempre puedes no cobrar el extra. —Me encojo de hombros y vuelvo mi atención hacia el iPad, escondiéndome tras él en un intento por evitar la mirada inquisitiva de mi amigo—. Tan sencillo como eso.

La mano de Alberto entra en mi campo de visión al instante. La posa sobre el borde del frágil parapeto que representa la tableta y me obliga a bajarla hasta que nuestros ojos se encuentran frente a frente, sin barreras de ningún tipo.

—Si nos lo hemos ganado de manera justa, ¿por qué habríamos de renunciar a ello? Porque lo hemos hecho, ¿verdad?

No soy tonta ni me chupo el dedo. Tampoco nací ayer. Sé que hay otra pregunta oculta tras esta. Una que no puedo responder, que no me atrevo a responder. Así que hago uso de mi mejor cara de póker y le devuelvo la mirada mientras todo mi interior tiembla a causa de la repentina oleada de culpabilidad que me está asaltando.

—¿Acaso no lo crees? —Responder una pregunta con otra siempre es una buena opción.

—Yo sí, ¿y tú?

Deposito la tableta en la mesa y me levanto de la silla con toda la dignidad de la que soy capaz.

—Entonces cóbralo.

Me dirijo hacia el archivador en el que tengo guardados los próximos eventos de los cuales tenemos que hacernos cargo y extraigo la carpeta de esa maldita fiesta de compromiso que acaba de amargarme el día. Aunque faltaría a la verdad si no admitiera que ese puñetero cheque lo ha terminado de joder por completo. O, al menos, lo que me huelo que significa.

Tras tragar saliva con fuerza, me doy la vuelta con expresión de consumada profesional y regreso a la mesa de trabajo para que nos pongamos manos a la obra cuanto antes. Lo que sea para olvidar esa quemazón que siento ahora mismo en la boca del estómago.

Le presento a Alberto el proyecto que tenía cerrado para la fiesta y le extiendo el folio en el que anoté durante mi conversación telefónica con Rose los cambios y añadidos necesarios para hacer frente al repentino cambio de ubicación. Eso

si conseguimos el lugar, claro.

Permanezco en pie, con las palmas apoyadas sobre la fría madera, sin ser capaz de parar de darle vueltas en la cabeza acerca de qué ha podido motivar en realidad a Gabriel para extender ese ostentoso extra. ¿Lo hizo porque está realmente satisfecho con el resultado y quiere premiarnos de algún modo o acaso es debido a lo que nosotros...?

Sacudo la cabeza con disimulo, como si con ello pudiera quitarme de encima esa horrible idea, pero no puedo. Revolotea por mi mente sin parar, me acosa.

Primero fue la fotografía, ahora esto. ¿Qué es lo que pretende? ¿Hacerme sentir como una puta?

—¿Disponibilidad del *Maidstone*?

Por si la repentina pregunta de Alberto no fuera suficiente para abstraerme de mis pensamientos, Nadia entra en ese preciso instante con nuestros cafés y una carpetilla bajo el brazo.

—Alguien ahí arriba os debe de querer mucho —nos asegura tras servirnos—, porque acabo de hablar con el Club y tienen el día

disponible.

Respiro aliviada. Una cosa menos.

—Por cierto, esto es lo que acaban de enviarme por fax.

Le extiende la carpetilla a Alberto, que la abre y emite un sonoro silbido cuando lee lo que demonios sea que pone en el dichoso papelito.

—Lo he reservado de todos modos —nos asegura mi asistente—. Y ahora, si no me necesitáis para nada más...

—Puedes irte, Nadia —la despide él, sin levantar la nariz de lo que sea que está leyendo.

—Gracias por adelantarte siempre a lo que necesitamos —le agradezco con una sincera sonrisa.

—A mandar.

Mi asistente le echa una última miradita a Alberto antes de salir del despacho, pero él ni se percata de tan concentrado como está en el contenido de la carpetilla.

—¿Qué? —pregunto picada sin esperar a que ella cierre la puerta tras de sí—. ¿A qué ha venido ese silbido?

—Míralo con tus propios ojos —responde al tiempo que toma el papel y me lo entrega.

—¡Por el amor de Dios! —Me dejo caer de golpe en mi asiento—. Esto es una auténtica barbaridad.

—Sí, pero ya sabes que la cantidad no representa problema alguno para ellos. Les dará exactamente igual —afirma antes de pellizcarse el labio inferior con los dedos con aire pensativo—. Cuando tienes tanto dinero en los bolsillos, crees que puedes comprar lo que sea.

No sé por qué no se incluye en el mismo saco, porque a él tampoco es que le falte.

—Incluso a la gente. —Chasquea la lengua—. Y hablando de ello, ¿cuál es tu precio, hermosa Dee?

Alzo la mirada del presupuesto que han enviado del *Maidstone Club* por la sala para la fiesta y observo a mi amigo con el ceño fruncido. ¡Menudo giro a la conversación!

—¿Filosofando a estas horas? ¿No es perjudicial para tu belleza?

Se carcajea antes de inclinarse hacia mí, con

aire solapado y ese brillo indagador en la mirada. Sé que espera una respuesta y no cejará hasta que se la proporcione.

—No estoy en venta, Alberto.

—Me pregunto si será debido a que alguien ya ha pagado el precio —murmura de manera casi inaudible antes de cambiar de tema y volver al desagradable regalito navideño que nos ha dejado bajo el árbol el prometido de Rose Winchester.

Capítulo 3

Si el viernes fue horrible, el sábado tampoco tiene visos de que vaya a ser mucho mejor. Y es que, a tres días de Nochebuena, todo el mundo se encuentra como enloquecido. Las fiestas privadas se encuentran en pleno auge este fin de semana, por lo que tengo a toda la plantilla ocupada; los proveedores parecen estar desaparecidos en combate y yo me hayo inmersa en una espiral de conversaciones absurdas con contestadores automáticos. Para colmo, como Alberto no puede acercarse hasta Los Hamptons, me ha tocado a mí ocuparme también de eso, lo que supone un autentico calvario ya que el tráfico, tanto para entrar como para salir de Manhattan, es infernal.

Eso sí, le he requisado su *Lexus* para trasladarme hasta allí por dos sencillas razones: una es que yo no tengo coche, la otra que me niego a alquilar uno cuando él no va a usar el suyo. Y no, no soy rata, soy práctica.

—Venga, restriégamelo por la cara — rezongo a mi amigo a través del micro del manos

libres—. Cuéntame lo bien que lo estás pasando en esa reunión en Washington D.C. mientras yo pierdo mi único sábado libre del mes de camino al *Maidstone Club*.

Ese es el motivo de que sea yo y no él la que se encuentra en este preciso momento atascada en mitad de una de las carreteras de salida de la ciudad. Yo y decenas de miles de neoyorquinos más, a juzgar por el atronador ruido de cláxones y el inquieto rugir de los motores cada vez que parece que la larga cola de vehículos se va a mover una nueva y miserable pulgada.

Bueno, vale. ¡Está bien! Puede que no sean decenas de miles, tan sólo algunos miles. Pero se sienten como tal, en serio.

—Te dije que podía llamar y decirles que no iba.

Sí, ya, claro. Y entonces yo me hubiera sentido fatal por obligarlo a suspender su asistencia a la única reunión anual que tiene con sus amigos de la infancia. Cita que tiene lugar cada año en un punto diferente del país.

Ay, cómo se nota que lo que sobra en ese

círculo de amistades es el dinero...

—No me lo habrías perdonado, así que disfruta del fin de semana, tú que puedes, y déjame morir enterrada bajo el peso de mi desastrosa vida social.

Desastrosa porque lo permito, ya que hubo una época en la cual me crecían planes y amistades hasta debajo del felpudo. Un tiempo en que residía en otra ciudad menos absorbente, tenía unos horarios razonables y en la que no me veía obligada a pedir cita con un mes de adelanto a cualquiera mis amistades para poder quedar a tomar un simple café. Pero en aquel entonces también era una simple empleada, no la jefa de mi propio negocio, y podía disfrutar de ese glorioso período en el que las responsabilidades y las preocupaciones terminaban una vez cruzaba la puerta de salida del trabajo. En cambio, ahora me las tengo que llevar conmigo dondequiera que vaya, aparte de que el nivel trabajo no tiene ni punto de comparación.

Precisamente eso, junto con el imposible ritmo de vida de mis escasas amistades

neoyorquinas, es lo que mantiene mi vida social casi al borde de la aniquilación total. Aunque a cambio puedo presumir de haber alcanzado mi sueño dorado. O casi, porque para convertirlo de verdad en realidad necesito convertir a *Candilejas* en la empresa de referencia que siempre soñé que sería. Y para ello he de desbancar a mi más cercana competidora; mi ex jefa Suzanne Phillips.

—Te tengo que dejar. Parece que al final esto empieza a moverse.

—Conduce con cuidado. —No sé si lo dice por mí o por la integridad de su adorado cochecito —. Y acuérdate de ir a nuestro italiano y pedir una pizza *parmigiana* de pollo y algunos *cannoli* de postre por mí, ¿vale? Nos hablamos el domingo por la noche.

Alberto cuelga al otro lado de la línea y yo siento que se me hace la boca agua ante la simple mención de *Fierro's*.

Precisamente es allí donde siempre terminamos cenando el cuatro de julio, después de haber pasado el día en Main Beach o Georgica con nuestra plantilla de empleados. Porque si de algo

podemos presumir en *Candilejas* es de ser una pequeña gran familia. Y a Alberto y a mí nos encanta reunirlos a todos, junto con sus parejas e hijos, para realizar nuestras ya tradicionales barbacoas seguidas de divertidos e interminables partidos de volleyball playa, durante los cuales yo termino comiendo más arena que tocando balón. Para qué negarlo.

Miro el reloj. Con suerte me quedarán por delante unas dos horas y media al volante, siempre y cuando el tráfico lo permita. Así que sí, si no salgo del *Maidstone Club* con el tiempo justo para regresar al «hogar, dulce hogar» antes de que se me haga muy tarde, me daré el gustazo de acercarme a *Fierro's* y ponerme hasta arriba de comida.

Sentada en una de las mesas que está al lado del ventanal —en la de la esquina, para ser más concreta—, aspiro el delicioso aroma de la primera porción de pizza que tengo toda la intención de meterme entre pecho y espalda. Y doy gracias porque, de no haber tomado la sabia

decisión de elegir el vestido en lugar de una falda, sé que tendría que desabrochar el botón antes de dar por terminada la cena.

Soy una glotona impenitente, lo admito, pero me importa un rábano. Me gusta comer y no pienso pedir disculpas por ello. Jamás. Y por si no queda claro, aviso que he pedido una pizza enterita para mí sola y pienso engullirla hasta la última migaja. A fin de cuentas, las curvas no se mantienen del aire, ¿verdad? Habrá que alimentarlas como es debido, digo yo.

Con la mano izquierda acomodo la servilleta encima de mi regazo, ya que lo último que necesito es un manchurrón en mi preciosa copia del «Mondrian» de *Yves Saint Laurent* que encontré dos años atrás en una tiendecita *vintage*, y me dispongo a dar el primer mordisco a mi *parmigiana* de pollo, cosa que hago con un gemido de placer.

Madre mía, está tan buena que tengo que contenerme para no engullir el resto de la porción en dos rápidos bocados y abalanzarme a continuación sobre un nuevo pedazo.

—Mmmm...

Como en ocasiones soy un poco perra, antes de empezar a comérmela le he sacado con mi *smartphone* una fotografía capaz de hacer salivar a Alberto hasta la deshidratación y se la he enviado vía *WhatsApp* sin perder ni un segundo. ¿La respuesta? Una imagen de contraataque en la que se los ve a él y a Charles, su amigo desde el parvulario, a punto de atacar un succulento filete *au poivre* de doce onzas en *The Prime Rib*.

«No me dais ninguuuuuuuna envidia», le replico a mi vez antes de seguir con mi orgía culinaria.

Tras aniquilar la tercera porción, me lamo con patente gusto las puntas de los dedos antes de beber un buen trago de mi *San Pellegrino* y sentir cómo las burbujas del agua con gas me hacen cosquillas en la nariz.

En ese momento soy relativamente feliz. Parece que al fin he logrado quitarme de encima lo peor de la nueva planificación de la fiesta de compromiso, lo que me permite disfrutar con tranquilidad de mi momento de relax y pizza sin

romperme la cabeza demasiado con las tareas que quedan pendientes para el lunes por la mañana. Porque si algo tengo muy claro es que al día siguiente no pienso dar pie con bola. Ah, no. ¡Ni hablar! Así que ya se nos puede caer el cielo sobre nuestras cabezas, que yo este domingo no muevo un dedo.

Quince minutos después, la pizza es historia y yo me relamo los labios, al igual que lo haría un gato con sus bigotes, ante la idea del maravilloso postre a base de *cannoli* que me aguarda a continuación.

Mientras espero por ellos, tamborileo en la mesa con las uñas, cuya manicura francesa está algo estropeada después de las veces que me las he mordido por pura ansiedad a lo largo del día, y observo a través de la gran ventana el devenir de la gente por la calle.

De hecho, en esas me encuentro cuando veo en la acera de enfrente a la última persona que esperaría encontrar en East Hampton.

—¿Qué dem...? ¡Imposible!

No, no lo es. Gabriel Berling está allí, a

pocos metros de distancia, y su versión informal es tan o más terriblemente sexy que la de la otra noche.

Incapaz de resistirme, lo escaneo de pies a cabeza y suspiro ante lo bien que le queda todo a ese hombre.

Lleva pantalones negros, camisa sin cuello de color blanco, una fina chaqueta de punto gris de cuello pico y una cazadora de cuero negra semi abierta, como si no temiera desafiar al frío invernal. El mismo cuya heladora brisa mueve la bufanda de *Burberry* que cuelga olvidada de su cuello.

Se pasa la mano por el alborotado pelo, en un gesto claramente impaciente, y observo que lleva un par de guantes a juego con la cazadora.

Me siento tentada de saludarlo, tan sólo para comprobar si soy capaz de captar su atención, pero freno en seco cuando apenas acabo de empezar alzar la mano al percatarme de que le sonrío a alguien. Y no, no es a mí, sino a una rubia bastante despampanante que se acerca a él y lo abraza con excesiva efusividad.

Espera, ¿excesiva efusividad? ¿Desde cuándo me importan esas cosas? No es mi pareja, no es nada.

Devuelvo mi atención a la escena y, cuando veo que él le devuelve el abrazo con parecida intensidad, siento que la sangre se me hiela en las venas. De repente esos *cannoli* ya no parecen tan buena idea como minutos antes. Es más, pienso que lo mejor será largarse de allí antes de que la bola en la que se acaba de convertir la pizza en mi estómago decida que ese es un momento tan bueno como cualquier otro para salir por donde ha entrado.

Pago los veinticinco dólares de la cuenta y me llevo el postre en una cajita a regañadientes por no tener que escuchar de nuevo al camarero diciendo que es una lástima que los deje quedar, con lo ricos que están.

Nada más poner un pie en la calle, me arrebujó en el interior de mi abrigo tres cuartos de color marfil y maldigo porque las solapas del cuello no son lo bastante amplias como para taparme el rostro. Entonces, rezando para que no

me vea, coloco bien el asa del maxi bolso en el hombro y empiezo a caminar a paso ligero por la acera hacia la calle en la que he dejado aparcado el *Lexus* de Alberto que, por fortuna, se encuentra en la dirección contraria.

Aún así, no puedo evitar volver la vista atrás un segundo para observar con estupor cómo la rubia se ríe de algo que Gabriel ha debido de decir, al tiempo que le desliza la palma de la mano por la espalda de la cazadora de cuero y apoya la mejilla contra su hombro. Son la viva imagen de la complicidad. El lenguaje de sus respectivos cuerpos hablan con elocuencia y me dicen que no son extraños el uno para el otro, sino que se conocen de mucho antes.

Avanzo por la calle con paso apurado, tragándome la rabia y las ganas que me asaltan por momentos de dar media vuelta y decirle a esa mujercuela que aparte sus garras de él. Pero no puedo. Ese hombre no es mío, no tengo derecho a nada. Tan sólo soy un polvo más en su haber, al igual que pronto lo será ella, y lo peor de todo es que lo sé. Pero el conocimiento no me libra de la

irritación que me invade al comprobar lo rápido que ha saltado de mis brazos a los de otra. Sobre todo después de que me enviara la fotografía con esa nota.

Al fin llego al lugar donde tengo el coche aparcado, entro, tiro los *cannoli* y el bolso a un lado y me acomodo en el asiento del conductor antes de dar rienda suelta a lo que me atenaza a la vez que aprieto el volante con tal rabia que incluso me asusto a mí misma.

—Estúpida, estúpida, ¡estúpida!

Quiero chillar. Sabía lo que hacía aquella noche, sabía lo que pasaría, pero a pesar de ello aquí estoy; dolida, rabiosa. ¿A qué juega Gabriel? ¿A qué vino el regalo y la nota y ese excesivo cheque?

Enciendo el motor y pongo rumbo de vuelta a mi apartamento en la West End Avenue mientras me repito que Berling es sólo un hombre más. Uno que no tiene importancia alguna en mi vida, que no tiene ningún poder sobre mí. Pero si en realidad es así, ¿entonces por qué me afecta tanto?

Capítulo 4

Una vez en el interior de mi apartamento, me desnudo según atravieso el pasillo en dirección al cuarto de baño.

Lo primero que hago es dejar caer el bolso al suelo con un sonoro *pum*, entonces es cuando de verdad comienza el auténtico show. Me saco el abrigo al tiempo que paso el pequeño paquete con los *cannoli* de una mano a la otra y luego ejecuto equilibrios sobre los endemoniados tacones de las botas para desembarazarme de ellas sin terminar empotrada de morros contra el mueble de la entrada. Todo un arte, si puedo señalarlo. Pero ahí no termina la cosa, porque después camino un par de pasos, meto la cajita entre las piernas y cojo el ruedo del vestido para quitármelo por la cabeza de un tirón y tirarlo por encima del hombro.

Bendita calefacción central que me permite andar por el apartamento adelante en paños menores sin que me castañeteen los dientes, pienso a la vez que engancho con los dientes la cuerda que el camarero usó para atar la cajita y deslizo

por mis piernas las medias de liga.

Entro en la habitación con el paquetito todavía colgando de esa guisa, me paro unos segundos para quitarme el sujetador y a continuación engancho la cinturilla de las braguitas con los pulgares y tiro de ellas hacia abajo sin dejar de contonear las caderas.

Sólo cuando terminan cayendo sobre la alfombra que hay delante de la cama, llevo las manos hacia mi cabeza y empiezo a deshacer el recogido hasta que mi melena resbala sobre mis hombros y espalda como un torrente de agua turbia.

Tras depositar los *cannoli* sobre el frío suelo de baldosas del baño, me siento en el borde de la bañera y abro el grifo del agua caliente.

Suena el teléfono, pero decido ignorarlo por completo. Sea quien sea tendrá que dejar un mensaje en el contestador.

Pongo la mano bajo la boquilla del grifo y espero a que el chorro adquiriera la temperatura adecuada para poner el tapón y esperar con paciencia a que el nivel del agua comience a subir

lentamente.

Vuelve a sonar el teléfono y mascullo una maldición por lo bajo. ¿Tanto cuesta dejar un mensaje de nada en el aparatito?

—Si estás esperando que descuelgue, vas aviado. O aviada.

En ese momento no estoy para nadie, únicamente deseo sumergirme en mi bañera llena a rebosar y evadirme del mundo y de mí misma. Cosa que hago al poco rato con un gemido de satisfacción al sentir la suave caricia en mi piel y el calor relajando los músculos un poco agarrotados de conducir.

Suspiro y me fundo como un copo de nieve en la palma de la mano.

No necesito sales ni geles aromáticos, sólo el remanso de paz que me proporciona el agua, así que coloco bien la pequeña toalla que siempre tengo preparada para apoyar la nuca y me acomodo con los ojos cerrados al tiempo que noto como todo el ajetreo del día se va diluyendo poco a poco.

Las tensiones se volatilizan junto con las

volutas de vapor, que ascienden hasta convertir el cuarto de baño en una pequeña sauna, y me quedo un poco amodorrada. Pero la tranquilidad dura apenas un suspiro, porque al rato la imagen de Gabriel y la rubia despampanante me asalta desde el rincón de la mente al que la desterré en algún punto de la carretera entre East Hampton y Manhattan.

Frustrada, lleno mis pulmones de aire y me sumerjo bajo la superficie. Y aguanto. Contengo la respiración hasta que la necesidad de oxígeno se hace más acuciante que el malestar del recuerdo. Sólo entonces emerjo de entre las aguas, inspiro profundamente y me peino el cabello mojado con las manos, retirándolo hacia atrás.

Fue un polvo, sólo eso. Para ambos. Se supone que soy una mujer hecha y derecha, liberada y cabal. No debería de molestarme tanto el saber que ya tengo sustituta, que es otra y no yo la que se revuelca con Berling, pero sin embargo lo hace. A mi pesar, me fastidia que ese maldito hombre haya enloquecido mi cuerpo hasta el punto de que el placer no sea lo mismo sin él; me

disgusta que se haya escurrido bajo mi piel y se haya alojado allí, sin permiso de residencia. Pero sobre todo, me desagrada ser consciente del poder que puede ejercer sobre mí gracias a una única noche de sexo. Y me siento como una completa y absoluta tonta por ello, por haber llegado a pensar que esa nota significaba mucho más de lo que demostró apenas tres horas antes en esa calle de East Hampton.

Me digo que no lo necesito. Que puedo desterrarlo de mi cabeza, de mis fantasías. Que como él puedo encontrar decenas el próximo sábado noche que salga de copas a cualquier club de la ciudad. Que tan sólo tengo que ponerme el vestido adecuado —uno que haga maravillas a mi par de razones, no sé si me explico—, subirme a los *Manolos* y esperar a que la presa muerda el anzuelo. Porque la realidad es que siempre muerden. No pueden evitarlo. Es como la solución de una ecuación matemática; ¿mujer atractiva, curvilínea, divertida y disponible? Candidato al canto. Lo raro sería lo contrario.

Eso sí, otra cosa es que yo les deje hacer un

home run —follar, vamos—, porque eso ya depende del hombre es cuestión, de lo mucho que me excite y de que se lo gane. Y es que he dicho liberada, pero no zorrón. Aunque admito que pequé de excesivamente fácil con Gabriel y... en fin, así me lució el pelo.

Cojo la cajita de *cannoli* que dejé en el suelo y los como con deleite, disfrutando entre gemidos del sabor de la ricotta con un toque de marsala.

Cuando termino, vuelvo a depositar la caja ahora vacía encima de las baldosas y me quedo en la bañera hasta que las yemas de los dedos se arrugan tanto que parecen uvas pasas. Sólo entonces me pongo en pie, seco cada rincón de mi cuerpo con una toalla de algodón egipcio y salgo de la bañera para coger el albornoz que cuelga de un gancho tras la puerta.

Parada frente al espejo empañado, apoyo una mano en la pileta mientras paso la manga del albornoz por la superficie de cristal hasta que este termina por devolverme mi reflejo.

Retuerzo la melena hasta que ya no caen más gotas de agua de ella, la enrosco en la coronilla en

un moño suelto y la sujeto con un par de horquillas.

Debería de haberme desmaquillado antes de meterme en la bañera, pero ahora da igual. Cojo una de las toallitas del paquete que guardo en el segundo cajón y retiro todo resto de maquillaje que pudiera haber sobrevivido al baño.

Como no tengo demasiado sueño, recojo el reguero de prendas que he dejado sembrado entre el pasillo y el dormitorio, las meto en la cesta de la ropa sucia y me tiro en el sofá tras haber escogido una película al azar de las varias que pueblan mis estanterías. Pero las aventuras y desventuras de una jovencísima Jennifer Connelly no logran atraparme como otras veces y comienzo a dar cabezadas hacia la mitad de *Dentro del laberinto*.

Tengo sueños sin sentido de los que termino despertando justo cuando la película enfila la recta final. Entonces, me desperezo con un sonoro bostezo y fijo mi atención en la escena en la que Sarah se enfrenta a Jareth tras intentar alcanzar al bebé en ese entramado de escaleras demenciales.

«Solo témeme, ámame. Haz lo que te digo y yo seré tu esclavo», le dice él en un intento por eludir lo inevitable.

—No seas pánfila —digo en voz alta, a pesar de que sé perfectamente lo que va a suceder—. Los hombres rara vez cumplen lo que dicen. —Me enderezo en el sofá, recuerdo a cierto espécimen del sexo contrario en especial y siento que debo añadir una apostilla—. O lo que escriben.

Me voy a la cama minutos después, tras haber apagado la televisión y guardado el dvd, con una frase de Sarah revoloteando en mi mente.

«Mi voluntad es tan fuerte como la tuya...».

Aparto la colcha y de repente me quedo con la mirada perdida en la fotografía de Green que ahora está apoyada contra la pared, de cara a mí. Apoyo las manos en mis caderas y la observo con la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Desearía poder romperla en mil pedacitos, pero sería casi como cometer una herejía.

«... no tienes poder sobre mí».

De repente lo veo claro. ¿Cómo he podido

tardar una semana en darme cuenta? Nunca debí haberme quedado con el Thomas Green. Ese fue mi error. Con la fotografía delante de mis narices día y noche, nunca seré capaz de pasar página y dar carpetazo al episodio con Gabriel. Mientras siga ahí, recordándome lo que él puede hacerme incluso sin estar presente, seguiré siendo débil. Seguiré cayendo.

La vuelvo a poner de cara al armario, tal y como debería de haber estado todos estos días pasados, y me desembarazo del albornoz para a continuación meterme en la cama tan desnuda como el día en que nací. Y no voy sola, sino que llevo conmigo al rudo y sexy Drover —el personaje de Hugh Jackman en *Australia*—. Porque estoy decidida a acometer un acto de rebeldía. Uno absurdo tal vez, pero que necesito realizar en ese momento.

Saco de la mesilla el vibrador púrpura de *LELO* con relieves en forma de pétalos que me auto regalé unos tres cumpleaños atrás, cierro los ojos y me masturbo al tiempo que visualizo la escena en la que Drover deja caer un cubo de agua

sobre su cuerpo semidesnudo.

Mmmm... Hugh Jackman me pone caliente a morir en esa película, pero ese momento «ducha» siempre resulta demasiado para mis fácilmente excitables hormonas. Cada vez que lo veo —cosa que suelo hacer con excesiva y vergonzosa frecuencia— me hace desear atravesar la pantalla de plasma de mi televisor, enroscarme a él como una boa constrictor y beber a lengüetazos cada maldita gota de agua que resbala por su torso y espalda.

Balanceo las caderas con suavidad, como si buscara las embestidas de mi amante imaginario, y me dejo llevar por las sensaciones que embargan mi cuerpo al tiempo que manoseo mis pechos sin comedimiento.

Introduzco los dedos en mi boca entreabierta y los humedezco con la lengua, lamiéndolos con fruición antes de llevarlos hacia los pezones, que hago rodar hasta que se ponen insoportablemente duros. Vuelvo a empapar los dedos en saliva y dejo resbalar la mano entre mis piernas, directa al pequeño botón que sobresale reclamando su dosis

de atención.

Lo pellizco hasta rozar el borde del tormento sólo para mimarlo después con dulces caricias. Absorbo cada descarga de placer y dolor. Las busco, las alimento.

Siento la piel enfebrecida y el sexo anegado en deseo líquido. Estoy cerca. Tan... tan... aah... cerca.

Aumento la velocidad de las acometidas, busco ese punto en mi interior que me vuelve del revés y aprieto las paredes de la vagina cada vez que deslizo hacia afuera el vibrador, lo que me hace gemir y jadear sin control.

No puedo parar. Sigo castigando mi clítoris con los dedos sin aflojar ni por un instante el ritmo de las penetraciones, que cada vez son más rápidas, más furiosas, más profundas. Subo al máximo las vibraciones y percibo cómo se expanden por mi sexo, haciéndome estremecer.

Sé que está ahí, lo siento crecer dentro de mí. Un poco más y...

—Sí, sí —gimoteo con el rostro vuelto contra la almohada mientras me retuerzo entre la ahora

desordenada ropa de cama.

Me licuo de éxtasis y al fin llego al tan anhelado orgasmo.

Curvo la espalda al tiempo que me sacudo presa de los temblores y muerdo el labio inferior para no gritar.

—Oh, Dios... ¡Sí!

Deslizo el vibrador fuera de la vagina cuando todo ha terminado y me estiro sobre el colchón con la satisfacción pintada en el rostro, ronroneante al igual que una gatita saciada.

Ese orgasmo ha sido mío, mío, mío. ¡Qué se joda Berling!

Ni siquiera me tomo la molestia de ponerme el pijama. Me arrebujó bajo la ropa de cama, creando mi propio capullo de calor y confort a mi alrededor, y cierro los ojos.

El lunes a primera hora llamaré a FedEx o DHL —¡a quién sea!— y enviaré su regalito de vuelta con una bonita moña rosa en el envoltorio, porque estoy resuelta a que a partir de ese momento mi voluntad sea tan fuerte como la suya.

Con la determinación por las nubes, quedo

profundamente dormida con una sonrisa en los labios.

Me aseguraré de que Gabriel ya no tenga poder sobre mí.

Capítulo 5

—¿Te he dicho cuánto te quiero esta mañana?

Esa frase digna de un chantajista emocional acaba de ser dicha por Alberto, que ha entrado como un vendaval en mi despacho y se ha sentado frente a mí con una brillante y zalamera sonrisa en los labios que me hace pensar que, sin lugar a dudas, algo huele a podrido en Dinamarca.

—Sea lo que sea, olvídale.

Ni siquiera despego los ojos de la pantalla del ordenador. Me limito a continuar con mi incansable tecleo mientras los minutos discurren en el más incómodo y absoluto silencio.

—He dicho que no.

Las miraditas de cordero degollado que me está dedicando mi socio comienzan a ejercer el efecto esperado; me desquician.

—Si todavía no te he dicho que es.

Mis dedos se paralizan, permaneciendo congelados sobre el teclado, y levanto la mirada hasta encontrarme con la suya. De verdad que no quiero saber qué se trae entre manos, porque rara

es la ocasión en que eso no significa más carga de trabajo. Y esta semana tengo bastante en mi plato, gracias.

—Me lo imagino —replico a la vez que me recuesto en mi confortable silla—. De hecho —apoyo los codos en los reposabrazos y adopto la postura favorita del señor Burns, de *Los Simpsons*—, te apuesto un Benjamin Franklin a que sé que es lo que te ha traído hasta mi agujero.

Alberto silba apreciativamente. Sí, es consciente de que, al menos para mí, cien pavos no son precisamente lo que se denominaría como calderilla. En cuanto a él... Digamos que nunca ha tenido problemas en ese ámbito, por lo que tiene la insana tendencia a ser un tanto manirroto.

—Veo tu Benjamin —imita mi postura y me sonrío con descarada malicia— y subo otro más.

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¡Pedazo cabronazo! O se está tirando un farol de los gordos o me encuentro a un paso de que mi cartera sea oficialmente jodida. Lo que no me gusta ni un pelo.

Entrecierro los ojos y le dedico la clase de

mirada aviesa y calculadora que le helaría la sangre a cualquiera, menos a él. Porque me conoce demasiado bien, maldito sea.

—Te odio —murmuro a la vez que dejo caer las manos con exasperación en mi regazo—. Sabes que soy incapaz de dejar correr un reto o una apuesta y te aprovechas de ello.

Ni siquiera se digna contestar a eso, sino que simplemente echa mano al bolsillo de su pantalón, saca la cartera y extrae de ella doscientos dólares que pone sobre la mesa sin pestañear.

—¿Necesitas un viajecito al cajero?

—Capullo...

Le enseño el dedo corazón. Afectuosamente y sin acritud, como siempre, pero lo hago. Y si no fuera porque su *Ralph Lauren* no tiene culpa de nada, lo agarraría por las solapas y le daría un buen zarandeo por ponerme entre la espada y la pared.

—Está bien —suspiro resignada—. Deja que Madame Vargas saque su bolita de cristal y te leeré el futuro.

Entrecruzo los dedos, volteo las palmas hacia

él y hago crujir los huesos de esa manera que le da tanta grima. Entonces, sonrío al ver la manera en que frunce la nariz ante el desagradable sonido y comienzo mi show particular aleteando los dedos sobre una invisible bola de adivina mientras pongo cara de profunda concentración.

—Veo... veo... Una fiesta.

—Ya sabes que no es sufici...

—¡Silencio!

Continuo un rato más con los movimientos, hasta que yo misma me canso de hacer el ganso y me cruzo de brazos.

—Es una fiesta de Fin de Año que algún desconsiderado cliente acaba de endosarte en el último minuto y de la cual no quieres hacerte cargo. ¿Me equivoco?

El sentido exabrupto que brota de los labios de Alberto me dice que acabo de dar de pleno en la diana. Aún así, espero paciente a que él mismo admita su derrota.

—Algún día tendrás que decirme cómo lo haces —masculla entre dientes al tiempo que recoge los doscientos de encima de la mesa y me

los entrega—. ¡Joder! Me parece increíble que siempre lo consigas.

—Eso es porque te conozco demasiado bien.

Sacudo los billetes delante de sus narices con aire petulante y me carcajeo a pesar de que en mis adentros estoy emitiendo un sentido y profundo suspiro de alivio. Sólo de imaginar que podría haber sido yo la que hubiera perdido doscientos pavos... Uff.

—Venga, nenaza —lo provooco—. No iras a ponerte a lloriquear ahora, ¿verdad? —Emito un bufido con desdén y guardo el dinero en el bolsillo de mi pantalón beige—. Esto es una menudencia para ti.

Hasta ahora siempre he sido afortunada, pero un día de estos puede que mi buena suerte se termine y tenga que hacer frente a una de nuestras descabelladas y nada baratas apuestas.

—Ni se te ocurra gastártelos en cócteles —me advierte—. No quiero tener que ir a recoger tus ebrios restos a algún club el próximo fin de semana.

—No, me los fundiré en condones si te

parece bien —arqueo las cejas burlona, a lo Groucho Marx—, papi.

Alberto gruñe y yo le echo la lengua. Ha llegado el momento de dejarse de tonterías y ponerse serios.

—Ahora háblame de esa fiesta.

—Pues al parecer Berling pretende...

¿Gabriel? ¡Ah, no! ¡Ni hablar! No quiero escuchar ni una sola palabra más acerca de esa fiestecita de Nochevieja que pretende que le organicemos en una semana.

—Alto ahí —lo freno—. ¿Te has pasado los últimos días tirándome pullitas sobre el asunto y ahora pretendes que me encargue por ti?

Si alzo más las cejas se convertirán en una con la línea del nacimiento de mi pelo. Estoy tan sorprendida por el repentino giro en la actitud de Alberto que no sé qué pensar.

—Te quiere a ti al mando.

—Como si quiere al Dalai Lama. No —niego en rotundo—. Y por si te quedan dudas, léeme los labios; ni en sueños.

Había tenido que pringar la Nochevieja del

año anterior, encargándome de dos eventos a la vez a causa de la peritonitis que hizo que Beth terminara ingresada la noche anterior, ¿y ahora pretendía joderme los planes con las chicas y endosarme a Gabriel y su capricho de última hora con calzador? De-ninguna-manera.

—Establecimos una rotación para estos casos y esta vez me toca librar.

—Lo sé, se lo dije —se encoge de hombros—. Pero ya te puedes suponer que Berling no es de los que acepta un no por respuesta.

Y hablando del rey de Roma, ¿qué se ha creído? ¿Qué después del interludio en la galería acudiré a su llamada como un perrito amaestrado cada vez que se le antoje? Pues lo lleva claro...

—Ese no es mi problema.

Saca una dobladísima hoja de papel de fax del bolsillo y me lo extiende.

—¡Por qué no me extraña...! —farfullo al desdoblarlo y ver al final de la detallada lista de requisitos el plus con el que retribuiría a *Candilejas* si yo decidiera hacerme cargo—. Creía que el otro día había quedado claro, pero tal

vez necesites que te refresque la memoria —le recuerdo al tiempo que tiro el papel sobre la mesa—. Yo no tengo precio.

—Eso se lo deberías de decir a él, ¿no crees? —su tono es cáustico—. Y ahora dime de nuevo que no pasó nada en la galería, Dee.

Parpadeo e intento que los colores no se me suban al rostro.

—Repítemelo, porque no entiendo a que viene toda esta... insistencia.

Odio mentir, pero tampoco puedo sincerarme con él. Sé lo que me dirá y no estoy de humor para discursos de Pepito Grillo. Además, Alberto no es la persona más adecuada para convertirse en la voz de mi conciencia.

—A que soy muy buena en lo que hago —le aseguro antes de cambiar de tema con absoluto descaro—. ¿Entonces...?

—Lo tenemos de todos modos —me confirma con voz desapasionada.

Me levanto, rodeo el asiento y miro a través del amplio ventanal con las manos tras la espalda, en silencio, mientras me pregunto qué demonios es

lo que se trae Gabriel entre manos.

—En serio, ¿no te tienta ni lo más mínimo?

Si me hubiera formulado esa pregunta antes del sábado le habría dicho que sí sin dudarlo, pero muchas cosas han cambiado durante el fin de semana y yo... Sencillamente no puedo estar cerca de él. No ahora.

—No.

—Ok —suspira resignado—. Hubiera estado bien pasarlo juntos —conozco demasiado bien ese tonito—, para variar.

¡Será embaucador!

Indignada, me doy la vuelta dispuesta a decirle cuatro palabritas para terminar encontrándome frente a su socarrona sonrisa. ¡Agh! Hay días en que no puedo con él, por mucho cariño que le tenga.

—Si no querías hacerte cargo, ¿por qué no lo rechazaste?

—Como si no lo supieras...

Este hombre nunca cambiará, en serio. Y tampoco estoy muy segura de que quiera que lo haga, porque parte de su extraño encanto reside en

ese carácter tan peculiar. Insoportable a veces, aunque con su dosis de ese cierto *no sé qué*, a pesar de todo.

—Lo siento, de verdad. Sabes que me encantaría celebrar el Fin de Año contigo —«pero no a semejante precio», siento el impulso de añadir a continuación—, pero no supervisando una fiesta. Menos todavía la de un exigente hasta decir basta Gabriel Berling. —Me frotó la frente con cansancio—. Eso no entra dentro de mi definición de pasarlo bien, así que búscate otra que te cubra el culo, Albertito, porque conmigo no cuele.

Se levanta del asiento, no muy conforme con el resultado, y mete las manos en los bolsillos mientras me mira con ojillos de cachorro.

—Bicha.

Le soplo un beso.

—Yo también te quiero.

Capítulo 6

Faltan unas tres horas para la medianoche y las calles aledañas a Times Square resultan prácticamente intransitables.

Como cada año, los neoyorquinos se han echado a la calle con grandes dosis de humor, ganas de juerga y las capas suficientes de ropa como para parecer cebollas con piernas. Eso los que quieren recibir el dos mil catorce a la intemperie, claro, porque yo voy vestida para matar y pienso pasármelo en grande en la fiesta privada que ha organizado el amigo de la amiga de un amigo. Sarao al que Maddie, Kat y yo nos hemos apuntado sin parpadear.

—Joder, qué frío hace.

Ir tan divina es un atentado contra la salud, en serio. En una noche invernal como esta lo normal sería ir abrigadita hasta las cejas, ¿verdad? En cambio yo estoy parada en la acera con un fino vestido de fiesta, encaramada a vertiginosos zapatos de tacón y dando ridículos saltitos para entrar en calor al tiempo que maldigo para mis

adentro la dictadura de la moda. Si al menos esta ridícula chaqueta de piel me cubriera más allá de la cintura... Porque, fuera bromas, de verdad que siento que se me están escarchando hasta las posaderas.

Esto... ¿Por un casual dije «piel»? Pues, he debido de tener un *lapsus linguae* de esos, porque debería de haber añadido la coletilla de «sintético» a continuación. Rápidamente, además. Así que, en el caso alguien sea de PETA, ¡que no se me eche encima! Juro que lo es. ¡Sintetiquísimo hasta el último y falso pelillo de supuesta chinchilla! Por mi alma que no sería capaz de llevar encima el pellejo auténtico de otro ser vivo, en serio. Me da un repelús terrible.

No llevo reloj encima, así que le pregunto al primer viandante que pasa por delante qué hora es y resulta que, ¡genial!, ya pasan un par de minutos de y cuarto y mis amigas siguen sin dar señales de vida.

Las estoy esperando en la entrada del *Glam*, uno de los nuevos antros de moda de la Gran Manzana, y mientras tanto, para matar el

aburrimiento, observo con curiosidad a los invitados que van entrando a cuenta gotas tras conseguir el visto bueno del gorila con hechura de armario de tres puertas que, lista en ristre, controla que no se cuele en el interior nadie que no figure en ella.

Sobre todo me dedico a analizar el vestuario de las mujeres para terminar por comprobar que el desfile de niñas monas, solas o acompañadas, es digno de la pasarela de la New York Fashion Week.

—¿Tomando notas para cuando toque adquirir el próximo modelito?

Miro por encima de mi hombro derecho y me encuentro con el sonriente y sonrojado rostro de Kat, mi pelirroja favorita, que me envuelve entre sus brazos de inmediato y estampa un sonoro beso en mi mejilla.

—¡Qué calentita estás, desgraciada! ¿Acabas de bajar del taxi? Dame calor, dame calorrrrr. — Me aferro a ella como una yonkie lo haría a su papelina de heroína—. Me temo que más que tomar notas lo que hago es evaluar a la

competencia.

—Ah, ¿pero es que esas pipiolas tienen algo que hacer frente a los dos monumentos aquí presentes?

El que acaba de hablar es James; novio intermitente de Kat, abogado laboralista, canadiense de nacimiento, neoyorquino de adopción y buena gente en general. Un tipo inteligente, agradable y moderadamente divertido que se da un ligero aire a ese actor británico... No puedo creer que no consiga acordarme de su nombre. ¡Si es muy conocido, por el amor de Dios! Lo tengo en la punta de la lengua, en serio, pero no soy capaz de escupirlo. ¿Si digo *Closer* os dais cuenta de a quién me refiero? ¿No? A ver... Hablo del rubiales que se lía con Cameron Diaz en *The Holidays*, el mismo que se deserta en plena guerra civil americana para pegarse un revolcón invernal con Nicole Kidman en *Cold Mountain*.

Bueno, da igual. La cuestión es que James es también el afortunado poseedor de una sonrisa devastadora. De la clase que te obliga a meter la ropa interior en la secadora, no sé si me explico

con claridad. Aunque si lo que asegura mi amiga es cierto, su mayor encanto se encuentra a buen recaudo dentro de los pantalones de su impecable traje. Pero como no he podido comprobarlo por mí misma —básicamente porque lo que tu amiga se folla, o ha follado, tú no debes ni de olerlo—, me tengo que conformar con efectuar un acto de fe y creerla.

—Tú sí que sabes cómo alimentar mi ego, Jamie querido.

Abandono a Kat al instante y ronroneo de placer al tiempo que él me abraza. Me siento un poco como la moneda que pasa de mano en mano, pero me da igual porque James parece un hornillo y yo lo que necesito es absorber su calor corporal antes de que se me conviertan en cubitos de hielo hasta las ideas.

—Cuando esta descastada te vuelva a dar la patada —le guiño un ojo con pillería, en un intento por picar un poco a Kat—, llámame.

Le ofrezco la mejilla y me dejo besar por ese pedazo de hombre. Mmmm, siempre me ha gustado el roce de sus labios suaves.

—¿Llego tarde?

Maddie aparece a nuestro lado como salida de la nada. Se la ve fresca y radiante, al igual que si acabara de llegar de una semana de relajantes vacaciones en un balneario, y debajo de su abrigo tres cuartos entreveo el modelito rojo pasión que le ayudé a elegir una tarde desde el despacho, a golpe de fotos vía *WhatsApp*.

Ella sí que es lista; prefiere ir calentita que divina de la muerte, no como las tontas de sus amigas.

—Apenas —respondo sarcástica—. Tan sólo llevo esperándoos unos veinte minutos de nada. A la intemperie, por si nadie se ha dado cuenta.

James me mira con lástima. Sé que si por él fuera habrían llegado con puntualidad británica, pero Kat es terrible a la hora de acicalarse para cualquier evento y Maddie... Otro tanto. Lo que me debería de haber llevado a suponer que con estas dos tardonas profesionales de por medio me tocaría esperar y medio congelarme de frío delante de la puerta del *Glam*, pero está claro que no aprendo por mucho tiempo que pase.

Supongo que se debe a que en el fondo espero que alguna vez ocurra un milagro y cambien ese horrendo vicio de llegar tarde, pero ¿para qué engañarme? Eso es casi una misión imposible.

No, espera, quita el «casi». Es imposible.

—Así que si veis que mi piel se ha recubierto de una capa de escarcha, no os preocupéis, es porque estoy mutando en la Reina de las Nieves.

—Quejica —me acusa Kat a la vez que me da un golpecito en las costillas con el codo.

—Venga, menos hablar y más actuar. Entremos —Maddie nos empuja hacia el impresionante gorila que custodia la entrada—. Me muero por tomar unas cuantas copas y bailar hasta el amanecer.

Una vez dentro del *Glam*, el tiempo transcurre sin sentirlo. En parte debido a que me lo estoy pasando realmente bien, riendo y bailando con las chicas como si no fuera a haber un mañana. Pero he de admitir que una porción de culpa la tienen también esos cócteles de champán que no he parado de beber desde que puse el pie en el interior del club. ¿*Bentley* los llamó el barman?

Bueno, sea cual sea su nombre la cuestión es que entran que es un primor. Y a mí me están chiflando. Demasiado.

Observo con expresión contrita el fondo de mi copa y agarro un par de canapés de la primera bandeja que se cruza en mi camino antes de que los demás den buena cuenta de ellos.

—¿Te estás divirtiendo? —El roce de un cálido aliento contra la columna de mi cuello me hace respingar.

Sobresaltada, doy media vuelta y me topo de bruces con un hombre que parece el hermano gemelo de Ryan Gosling. Ma-má.

Me tambaleo de manera precaria sobre mis tacones y el desconocido me toma por la cintura para evitar que dé con mis huesos en el suelo.

Articulando un silencioso «ups», apoyo las palmas en su pecho y respiro hondo mientras me estabilizo.

Grave error. Estamos tan cerca que puedo aspirar el aroma a *Armani Code* que impregna su piel y el *Grey Goose* de su aliento. Y es algo que, junto a su imponente presencia física, forja una

combinación lo bastante excitante como para que todos mis sentidos se focalicen de golpe en él.

—¿Perdón?

Me veo obligada a alzar la voz para hacerme oír por encima del estruendo de la música que el Dj pincha sin descanso desde su cabina y engarzo mi mirada con la suya. Lo que no es fácil, ya que es tan alto que parece más largo que un día sin pan. Y esos ojos...

Se inclina, hasta que estamos tan cerca que podría zambullirme en esos iris del color del Pacífico, y aproxima su boca a mi oreja para repetir la pregunta, esta vez un poco más alto.

—Sí, mucho.

Doy un paso hacia atrás y me llevo las manos al vestido color champán, que recoloco a pesar de que sigue impecable.

—¡Vaya! Veo que ya se ha presentado solito —nos interrumpe Maddie, que remolca tras de sí a su presa de la noche—. Menos mal que él te ha encontrado, porque llegué a pensar que yo sola no te daría localizado nunca en medio de tanta gente, maja.

Me quita la copa vacía de la mano, olfatea su interior y se la endosa al primer despistado que se topa a su alrededor.

—No bebas más, Dee —me riñe como si fuera mamá gallina, antes de atusarse su rubia melena—. Bueno, ahora que ya la has localizado puedo quedarme tranquila, ¿verdad?

—¿Localizarme para qué?

—Motivos laborales —me aclara al instante—. Por cierto, Nathan, una fiesta genial. Gracias por permitir que nos coláramos en la lista casi de extranjis.

Él se ríe de buena gana y le da a mi amiga un golpecito juguetón con el índice en la punta de la nariz.

—De nada.

La observo perderse junto a su anónima pareja entre los centenares de personas que abarrotan el *Glam*. Sólo entonces me vuelvo hacia Nathan con expresión interrogante.

Miedo me dan mi amiga y sus presentaciones, pero... Un segundo. Ahora que lo pienso, la cara de este tipo me suena. Bastante además.

—¿Nos han presentado?

—En esta vida no, créeme. Lo recordaría. —

¡Qué guasón!—. Pero te he visto algún que otra vez y te conozco, profesionalmente hablando. ¿La inauguración del *Bohemian Chic*? Era uno de los invitados y he de decirte que me encantó el trabajo que hicisteis.

Niego con la cabeza. No me acuerdo de haberlo visto allí, por lo que tiene que haber sido en algo mucho más reciente.

—¿Tal vez el apellido Van Allen te refresque la memoria? —Se señala alegremente con el pulgar—. Soy el sufrido hermano de la futura mamá, el mismo que huyó por la puerta de servicio en un acto de cobardía, lo admito.

—No puedes ser su hermano. —Arrugo la nariz al recordarla a ella—. Anna Van Allen es tan...

Cierro el pico para no meter la pata hasta el fondo, pero él decide terminar lo que estaba diciendo por mí.

—¿Seca? ¿Estirada? ¿Repelente? —Emite un bufido—. Podría seguir con la lista de virtudes de

mi hermanita, pero no quiero aburrirte.

Intento no reírme, pero es que él y sus aspavientos son tan refrescantemente divertidos que me resulta bastante complicado el contenerme.

—Conste en acta que lo has dicho tú, no yo.

Golpeo la barbilla, pensativa, y buceo en mi mente en busca de la respuesta a la pregunta «¿De qué conozco a este hombre?».

—¿Sabes qué? Que lo admito. No soy capaz de unir tu cara a un nombre.

Ruedo los ojos y bufo con fastidio a la vez que le muestro las palmas en señal de rendición. Algo se me escapa y me frustra no saber el qué.

—¿No me ubicas todavía? —Asiento—. Y yo que pensaba que ser el insensato que permitió que una horda de mujeres y sus paquetitos de regalos tomaran por asalto su apartamento me convertiría en una leyenda inmortal.

—Y lo eres —apoyo las manos en las caderas y ladeo la cabeza—, pero como no me digas tu apellido...

Dejo la frase suspendida en el aire cuando la revelación me golpea de lleno al recordar que

Anna Van Allen era de soltera Anna Maguire.

—Oh... mi...

Abro los ojos desmesuradamente. En mi cabeza se acaba de hacer la luz, como cuando una bombilla se enciende de repente en una habitación oscura con un sonoro chisporroteo. Y he de decir que el brillo es casi cegador.

—Espera... ¡Tú eres «ese» Nathan Maguire!

—Me dan ganas de gritar «¡Eureka!», al igual que Arquímedes—. Uno de los calificados por la revista *Time* como «dueños de la noche neoyorquina», ¿cierto?

—Culpable de los cargos. Pero supongo que sabrás que también tengo otros negocios. Más diurnos, digo.

—¡Lo sé! Dios mío... Así que esto es todo tuyo. —Sonríó sin dejar de mirar a mi alrededor, como si en realidad estuviera viendo el club por primera vez—. ¿Sabes que adoro ese local que abriste en el SoHo el año pasado? ¡Sufro un orgasmo cada vez que como uno de tus bollitos de canela!

Introduce las manos en los bolsillos del

pantalón y se ríe con ganas, haciéndome consciente de lo inapropiada que ha sido esa última frase.

—Me alegra el oírtelo decir.

Se me ha debido de sonrojar hasta la raíz del pelo.

—A veces debería de morderme la lengua.

—No lo hagas nunca, Dee, porque lo sentiríamos mucho.

—¿Quiénes?

Sus ojos se oscurecen al mismo ritmo en que las comisuras de sus labios se elevan en una mueca traviesa.

—Yo y mis bollitos.

El modo en que dice «bollitos» envía una ráfaga de calor por todo mi cuerpo. Cómo una palabra tan inocente puede sonar tan lasciva en sus labios es algo realmente fascinante.

—¿Bailas?

—Eh... —A eso le llamo yo un giro en la conversación—. ¿Sí?

Su sonrisa se amplía. Es un tipo atractivo a quemarropa, un triunfador en toda regla. Se siente cómodo en su piel, muy seguro de sí mismo, y sé

que en cualquier otro momento no hubiera tenido reparos en coquetear de manera abierta con él, incluso de arrastrarlo hasta mi cama sin ninguna clase de reparos, pero la triste realidad es que sigo tocada de un modo absurdo por todo el asunto Berling. Y es que, aún a mi pesar, lo he anhelado cada uno de los diez días que han transcurrido desde que lo vi por última vez en East Hampton.

Lo sé, es para matarme.

—No pareces muy segura.

—Es que... —me río avergonzada—. No es lo que crees, ¿vale? Lo que pasa es que tengo dos pies izquierdos y...

Sus ojos se deslizan hacia ellos, no sin echarle antes una intensa y apreciativa ojeada a mi descocado escote, y lo veo negar con la cabeza con aire divertido.

—Hace falta mucho más que eso para asustarme.

—No pensarás lo mismo cuando sientas el mordisco de mis afilados tacones.

Nathan me rodea la cintura con un brazo, me gira hasta que mi semidesnuda espalda y su torso

prácticamente se funden y me empuja en dirección a la pista con pasos lentos.

—Si es en mis «bollitos», te aseguro que no me importará lo más mínimo.

Capítulo 7

Media hora, una visita al servicio y unos cuantos bailes después, Nathan y sus bollitos siguen intactos. ¿Milagro? Puede, pero tengo que admitir que sabe lo que se hace, aunque le falta un poco para llegar al nivel de maestría de Alberto.

Estamos en mitad de *Burn*, de Ellie Goulding, y si algo arde en este momento en la pista del *Glam* esa debo de ser yo. Porque no soy de piedra, ¡qué demonios!, y los constantes roces de nuestros cuerpos no hacen más que conseguir que salten chispas por todos lados.

Cuando sus dedos resbalan por la porción de piel de mi espalda que está al descubierto y se acercan cada vez más peligrosamente a mi trasero, me descubro enredando los dedos en su pelo, a un tris de lanzarme de cabeza a sus brazos para ver si es capaz de hacerme olvidar.

Sus manos se desvían del camino y se pierden en mi cintura antes de proseguir en un lento deslizamiento por la curva de mis caderas que me arranca estremecimientos. Entonces, me impulsa

hacia él con suavidad, pero sin restarle un ápice de firmeza al gesto, y su pelvis choca contra mi vientre al tiempo que experimento una insistente vibración.

¿Es posible que...? La vibración se repite y me doy cuenta de que el culpable no es Nathan, sino el móvil en miniatura que llevo adosado al muslo, oculto bajo los metros de tela color champán.

De repente tengo una corazonada y no me gusta nada.

«Maldita sea, problemas en la fiesta de Berling. Tiene que ser eso».

Soltando un exabrupto, me separo de mi pareja de baile, me inclino en mitad de la pista y empiezo a levantar el ruedo del vestido ante su mirada, mitad atónita mitad divertida. Pero cuando ya he subido la tela a la altura de la rodilla me doy cuenta de que la gente que está a nuestro alrededor también empieza a observarme con excesiva curiosidad, por lo que pongo todo en su sitio de nuevo con una sonrisa de circunstancias y pienso en una rápida alternativa.

«Nathan».

Pegándome a su torso, me pongo de puntillas para poder hablarle al oído lo bastante alto como para que se entere él, pero no los que nos rodean.

—Ya sé que esto te va a resultar cuanto menos... peculiar —por decirlo de algún modo—, pero ¿podrías hacerme el favor de meter la mano disimuladamente por debajo de mi vestido y...?

Nathan voltea el rostro un poco sorprendido por mi petición y sonrío de manera maliciosa con su boca a un suspiro de distancia de la mía, lo que no dejaría de ser excitante en cierto modo si no fuera porque el dichoso móvil no para de vibrar y la incertidumbre me está volviendo loca por momentos.

—No es lo que piensas.

—A no ser que seas capaz leer la mente, no hay ninguna posibilidad de que sepas lo que se me está pasando por la cabeza ahora mismo.

—Me lo figuro —replico chasqueando la lengua—. Eres un hombre.

Nos movemos al ritmo de los primeros acordes de *Talk Dirty* en dirección a uno de los

laterales y no tardo nada en encontrarme atrapada entre su cuerpo y una columna.

—Permíteme dudarlo —me contradice a la vez que empieza a levantar la tela del vestido—. Pero quizá debemos posponer esta charla para luego.

Trago saliva y ahogo un jadeo cuando siento en mi rodilla el caliente contacto de su mano izquierda.

—Dime qué quieres que haga.

—Súbela... por favor.

Me engancha la pierna por la corva y desliza los dedos en sentido ascendente, acariciándome el muslo con perezosa sensualidad.

—¿Más?

—Sí.

Sube y sube... y lo hace con una lentitud desquiciante que pone mi piel en guardia.

—Un poco más. Tendrías que ser capaz de coger... —muerdo el labio inferior para no gemir.

Tras lo que parece una eternidad, sus dedos rozan la liga en la que enganché el minúsculo móvil de tapa antes de salir de casa.

—Ahora, gira hacia fuera.

Con un gruñido de fastidio, apoya la frente contra la mía al tiempo que asegura que resultaría más divertido si le dejara seguir por la cara interna de mi muslo.

Le voy a responder entre risas que es un fresco y que no es «eso» lo que tiene que coger, pero las vibraciones vuelven a la carga y no me queda más remedio que apurarlo.

Finalmente Nathan encuentra el aparatito, lo desengancha y me suelta la pierna con una última y erótica caricia.

—Así que esta cosita es la culpable de que se me haya permitido meterte mano. —Lo deposita en la palma de mi mano y arquea la ceja con guasa—. Interesante lugar para llevarlo, por cierto.

—Ni. Una. Palabra. —le advierto agitando el índice mientras abro la tapa con la otra mano y entrecierro lo ojos para poder leer en la microscópica pantalla que tengo dos llamadas perdidas y un sms de Nadia—. No sé por qué no adjuntan una lupa de regalo —rezongo para mí tras abrir el mensaje—. Me quedaré ciega antes de

lograr descifrar qué ha escrito.

Alzo la mirada hacia Nathan, que me observa a su vez con interés, cruzado de brazos, y se lo muestro.

—¿Soy sólo yo o no hay manera de leer nada con las dichosas lucecitas de colorines funcionando a pleno rendimiento?

Lo ojea y me da la razón. Entonces, articula un mudo «ven» y me guía hacia una zona más tranquila en la parte trasera del club, para lo cual atravesamos medio *Glam*, nos metemos por detrás de la barra y atravesamos una puerta que da a un almacén lleno hasta los topes de suministros.

—¿Tienes buena cobertura aquí dentro o necesitas salir?

Me señala la típica salida que, con toda probabilidad, desembocará en una solitaria callejuela en la que se apilan cajas y más cajas de botellas vacías y otra clase de basura. Eso o he visto demasiadas películas.

—Aquí es perfecto, gracias.

—¿Prefieres que me quede o...? —Esta vez apunta con el pulgar hacia la puerta que acabamos

de atravesar.

—Por mí no hay problema —encojo los hombros—, así que como quieras.

Me concentro en el móvil que tengo en la mano y leo el mensaje de Nadia.

Lo que me suponía; problemas. Maldigo mi mala suerte y pellizco el puente de la nariz con fuerza mientras pulso el botón de marcación rápida.

—Qué raro —musito cuando, tras el décimo tono, nadie descuelga al otro lado de la línea—. Voy a volver a intentarlo, a ver si...

Vuelvo a llamar, pero Nadia no responde. Llamo a Alberto y me salta su buzón de voz.

—Genial.

—¿Te puedo ayudar de algún modo?

—Sí, por favor —gimo fastidiada porque estoy viendo que me van a dar la noche y bien dada—. Por un casual, ¿sabes cómo llegar al Empire State en cinco minutos, sin quedar atascada en medio de la marabunta?

—Sí, claro —asegura hinchando el pecho con orgullo—. ¿Te gusta la velocidad?

Capítulo 8

Es un hecho: Nathan Maguire es un *kamikaze*.

Jamás pensé que esta noche terminaría a lomos de una moto de gran cilindrada, con la tela de la falda del vestido apelotonada entre mis muslos y tiritando de frío. Pero esa es la cruda realidad.

Quedan menos de veinte minutos para la medianoche y en lugar de estar con mis amigas en el *Glam* me dirijo al dichoso Empire State desde la zona oeste de Chelsea, por lo que en ese momento no me siento muy condescendiente para con ninguno de los implicados.

Cierro los ojos cuando nos disponemos a adelantar una limusina interminable y me parapeto tras su fornida espalda. Si voy a morir, no quiero verlo.

«Ay, madre, que nos la pegamos».

—Repliega las garras, gatita, que me vas a dejar las marcas.

La grave voz de Nathan llega a mis oídos a través del zumbido del aire y el rugido del motor.

Levanto la cabeza para decirle una par de cositas cuando da un frenazo repentino, que hace que termine con la nariz empotrada entre sus omóplatos, y dobla la esquina de la calle.

—Por el amor de Dios...

—Llegarás entera.

Cuando da un nuevo acelerón, echo la mano al casco negro —al más puro estilo *Sons of Anarchy*—, me pego a su espalda y redoblo el agarre al que someto a su sólida fisonomía como si la vida me fuera en ello.

—Espero que Alberto me dé mañana una buena excusa para esto, porque si no juro que lo haré picadillo.

Tengo un cabreo encima que no me calienta ni el sol, para qué negarlo, y todavía me encuentro con problemas a la hora de asimilar que al final me haya endosado el marrón. ¡Y de qué modo!

—No querría estar en su pellejo —se carcajea Nathan.

—Oh, ¡cállate!

Un minuto más tarde, frena delante de una de las puertas de entrada, se apea de la moto y me

ayuda a bajar.

Me peleo con la correa del casco de manera ridícula durante un par de minutos hasta que me veo obligada a admitir que yo y los carámbanos que tengo ahora mismo por dedos no podemos hacerlo solos.

—¿Puedes quitármelo? —le suplico al tiempo que me aliso el vestido con las manos—. ¿Sin despeinarme, a ser posible?

—Mucho pides.

Lo hace con cuidado y observa con detenimiento el resultado final antes de que me abalance sobre el pequeño espejo retrovisor de la moto para cerciorarme de que no estoy hecha un total y completo desastre.

El suspiro de alivio que exhalo le debe de resultar muy gracioso, porque se ríe antes de agarrarme por los hombros, girarme hasta quedar frente a frente y soltarme un discurso de motivación digno del entrenador de los Yankees mientras barrunto si es estrictamente necesario pasar por ese trámite.

—Y ahora, a patear traseros.

—Voy a solucionar un problema, no a iniciar la Tercera Guerra Mundial, Nathan.

—Aguafiestas. —Hace un mohín de fastidio con la boca—. ¿Necesitas que te espere?

—Quizá tarde en solucionar lo que sea que haya pasado y...

Él asiente y hace el ademán de ponerse su casco, pero entonces yo lo agarro por el abrigoso *Belstaff* y lo obligo a inclinarse hacia mí para poder estamparle un dulce beso en los labios. Beso que me veo obligada a cortar en cuanto noto que Nathan empieza a emocionarse demasiado. A fin de cuentas, la finalidad de ese gesto es agradecerle las molestias, no para iniciar un morreo en plena calle.

—Te llamaré un día de estos —musita.

—¿Una cita?

—De negocios... y lo que se tercié.

Me aparto de él, corro hacia la puerta del Empire State y golpeo el cristal hasta que atraigo la atención del guarda que está en el interior, calentito y bajo techo. Al contrario que yo.

No tardo ni medio minuto en escuchar a mis

espaldas el rugido que anuncia que Nathan acaba de arrancar la moto, así que me giro un poco y le digo adiós con la mano antes de perderlo de vista casi al instante, en cuanto enfila el asfalto a toda velocidad.

—Buenas noches.

Intento sonar amable cuando el tipo, un afroamericano de casi dos metros, abre la puerta, pero estoy tan aterida de frío y tan enfadada por tener que estar allí que creo que no lo consigo.

—Soy Dee Vargas y vengo a...

—Lo sé, adelante.

Me franquea el paso y me quedo embobada observando el gran hall central de estilo Art Decó. ¿Alguien se puede creer que en todos los años que llevo viviendo aquí jamás he pisado ese sitio? Es como el que vive en Londres y nunca ha estado en las pasarelas del Puente de la Torre o el que, siendo parisino de pro, no ha subido jamás a lo alto de la Torre Eiffel. Vamos, un sacrilegio.

—Por aquí, señorita.

Sigo en silencio a T. Hale —o al menos eso es lo que he leído en su placa identificativa—, que

me conduce hasta uno de los ascensores y me indica que entre, que la fiesta se está celebrando en la planta ochenta.

Lo que ya no me dice es que, de los setenta y tres posibles, resulta que estamos dentro de uno de los ocho de alta velocidad que hace el recorrido hasta semejante altura en —por favor, redoble de tambores— cuarenta y cinco segundos.

En cuanto llegamos y las puertas se abren, salgo del ascensor con la sensación de que he sido propulsada al hiperespacio en un cohete de la NASA. ¿En serio hemos subido hasta semejantes alturas en menos de un minuto? Mamaíta...

Debo de haberme quedado blanca como el papel, porque el guarda me toma por el codo y me pregunta si me encuentro bien.

—Sí, sí, no se preocupe.

Me llevo la mano al vientre con todo el disimulo posible para aquietar las volteretas que están dando mis entrañas. Y es que la relación que tengo con los ascensores no es precisamente de amor, aunque admito que, al menos en mi caso, son un mal necesario.

—Pero si no es mucha molestia, para la próxima mejor vamos en el normalito, ¿trato?

Obvio decirle que meterme en la versión ascensoril del *Acela Express* sin avisar ha sido toda una faena. Y de las gordas.

Hale se ríe ante mi ocurrencia, me indica hacia dónde tengo que ir y regresa al interior del infernal cubículo para volver a la planta baja.

Ni siquiera me da tiempo a desprenderme de mis pellejos sintéticos y abandonar el vestíbulo de los ascensores cuando soy interceptada por una rubita de poco más de un metro de altura.

Va primorosamente vestida con un *Winter Dot* sin mangas de *Tommy Hilfiger* en color azul noche, ancho lazo anudado a la cintura y diadema en la cabeza a juego.

—Hola, bonita.

Su melena reluce igual que un dólar recién salido de la Casa de la Moneda y su verdosa y observadora mirada me repasa de la cabeza a los pies con aire curioso.

—¿Eres la Reina de las hadas?

¿Perdón? ¿Tengo pinta de ser alguna especie

de Titania escapada de *El sueño de una noche de verano*? ¿Con este pelo tan oscuro?

Doblo las piernas hasta quedar en cuclillas y, acariciándole la mejilla, le pregunto sonriente por qué cree que lo soy.

—Porque el tío Ty ha dicho que si no me porto bien ella vendrá envuelta en su vestido de oro para llevarme a su reino. —Se sorbe los mocos con dramatismo. Dios mío, algún día será una comedianta de primera—. Y nunca más volveré a ver a papá y mamá. O a...

—Mia.

La niña se da la vuelta con los ojos abiertos como platos y sigo la dirección de su mirada para encontrarme con un hombre de cabello trigueño y ojos oscuros que nos observa con los brazos cruzados sobre su pecho y el hombro apoyado contra la pared.

—¡Tío Ty, ella ha venido! —Mia corre hacia él y le rodea la pierna con sus bracitos a la vez que lo mira como si fuera el héroe que la va a rescatar de la furia del dragón.

—Me parece que te equivocas.

Se agacha, la coge por debajo de las axilas y la levanta hasta acomodarla contra la cadera. Entonces, me mira con un extraño brillo salvaje en los ojos, uno que me hace sentir desnuda.

—Es bonita y viste de oro, como dijiste.

—Sí, lo es.

Se acerca a mí y siento cómo ambos me evalúan en silencio. La una con intriga, el otro con algo demasiado parecido al deseo.

Cansada de perder el tiempo, le extiendo la mano con resolución y me presento.

—Dee Vargas, copropietaria de *Candilejas*.

El reconocimiento llamea en las profundidades de sus iris oscuros.

—He oído hablar bastante de usted. ¿Te importa si te tuteo? —Deposita a la niña en el suelo y se inclina con las manos apoyadas en las flexionadas rodillas hasta casi poner el rostro a su altura—. Ve a buscar a Gabe, anda. Dile que su Majestad ha venido a hacerle una visita.

Mia se aleja corriendo al tiempo que grita que la Reina de las hadas ha venido para llevarse a Gabe y yo me centro en el hombre que, ya

erguido, se acerca a mí con aires de conquistador, toma mi mano entre las suyas y la besa con sensual abandono, logrando que se me erice hasta el fino vello de la nuca.

—Tyler Wilder —musita sobre mis nudillos antes de besarlos de nuevo con los labios entreabiertos, rozando el espacio entre uno y otro con un sutil toque de lengua.

Me digo que es un apellido muy apropiado para alguien como él; un tipo de una belleza áspera, primaria, que chorrea un potente magnetismo sexual. Diría que incluso crudo.

Intento recuperar mi mano, pero no lo consigo. Con un suspiro de resignación, lo dejo estar a la vez que me esfuerzo por obviar las corrientes que me recorren desde el punto en el que estamos unidos y derivo la conversación a un terreno seguro.

—Una sobrina encantadora.

—En realidad no es lo es.

—Pero ella lo llamó... —señalo estupefacta.

—No nos une ni la sangre ni ninguna clase de vínculo parecido —su sonrisa se vuelve más dulce

—, pero le tengo mucho cariño a la mocosa.

De repente, tira de mi mano y me encuentro pegada a él.

Toda su persona desprende un vago olor a cigarros habanos y whisky *Dalmore Selene* y, a pesar de ser un poco más bajo que Nathan —¿un metro ochenta y seis, quizá?—, el físico que se intuye debajo del esmoquin de *D&G* indica que es más atlético que él.

—Creo que empiezo a entenderlo.

¿Entender qué?, quiero preguntar, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta en el instante en que sus dedos se deslizan hacia arriba por la cara interna de mi brazo en una caricia lánguida y mundana, como si tuviera todo el tiempo del mundo para recrearse en el roce de nuestras pieles.

—Yo no... —murmuro.

Dibuja la curva de mi hombro sin que sus ojos dejen de seguir el movimiento, al igual que los míos, y me rodea el cuello con sensual abandono.

—No debería...

Amago con escabullirme hacia un lado, sin finalizar la frase, pero él me lo impide.

—Oh, sí —toma la chaqueta de mi mano y la deja caer al suelo—, claro que sí.

Roza cada retazo de piel desnuda que encuentra a su paso con ambas manos, desatando un tumulto en mi interior. Entonces, su boca se aproxima a la mía de manera irremisible y me doy cuenta de que va a suceder. Me va a besar.

—Dee...

Humedezco el labio inferior, expectante, y me preparo para ello sin dejar de preguntarme qué les pasa a los hombres conmigo esta noche. ¿Acaso tengo un rótulo en la frente, con luces de neón al más puro estilo Las Vegas, que ponga que estoy abierta las veinticuatro horas o qué?

—Creo que empiezo a entenderlo —repite de nuevo, derramando su aliento ardiente sobre mí e instándome a que me abandone a la pulsión que intenta dominarme.

—¿Entend...?

El momento se rompe en añicos antes de que nuestras bocas se encuentren cuando un inesperado

ruido me advierte de que no estamos solos. Turbada, me separo de Tyler de golpe y doy media vuelta para toparme frente a frente con un Gabriel de expresión inescrutable.

—Ty, déjanos solos.

Capítulo 9

—Nos vemos, preciosa —me sopla las palabras al oído junto con un último roce de su boca.

Gabriel permanece quieto en el mismo sitio, con las manos a la espalda. Altísimo, imponente, oscuro. No me quita los ojos de encima ni siquiera cuando Tyler pasa a su lado y le murmura algo con una sonrisa maliciosa, algo que le hace agarrar al otro hombre por la solapa del esmoquin, inmovilizarlo en el sitio y mascullar lo que desde mi posición parece una advertencia. Pero no puedo asegurarlo, ya que mi capacidad para leer los labios es proporcional a mis habilidades como bailarina. Así que...

Me obligo a romper el gélido ambiente que nos rodea en el preciso instante en que pierdo de vista al tercero en discordia. Quiero saber qué demonios ha pasado para solucionarlo de una vez y largarme de allí con viento fresco, y así se lo hago saber a él.

—¿Tanta prisa tienes? —su voz suena ácida—. No lo parecía hace un momento.

¿Perdón? ¿Desde cuándo Gabriel Berling puede darse el lujo de echarme nada en cara? Sobre todo él, que diez días antes se encontraba en tan grata y rubia compañía. Femenina, para ser más específica.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia.

—Lo es —introduce las manos en los bolsillos y ladea la cabeza—, y más cuando Tyler anda de por medio.

La carcajada que suelto es demasiado falsa hasta para mí, pero es que me parece increíble lo que estoy oyendo.

—¿En qué retorcida dimensión un hombre hecho y derecho como Tyler necesita que tú te erijas como su paladín? —Apoyo las manos en las caderas, enfadada—. ¿Qué pasa? ¿Es que no soy lo bastante buena para él?

Gabriel se endereza de repente y camina hacia mí con calma y sigilo, recordándome a una amenazadora pantera dispuesta a saltar sobre su presa al más mínimo movimiento.

—¿O es que acaso eres uno de esos nenes

caprichosos que odian que otro toque su juguetito? ¿Es eso, Berling?

Me digo que no voy a retroceder, que no debo recular ante su avance, pero al instante me encuentro haciendo exactamente lo contrario. Y es que, de repente, mantener la distancia entre nosotros se convierte en mi prioridad. No porque lo tema, sino porque me temo a mí misma cuando él merodea a mi alrededor. Y ahora mismo está cerca, demasiado cerca, y eso no es bueno.

Cada paso acorta la separación que he impuesto entre nosotros y abre otro poquito esa grieta en la coraza que intento ocultar a como dé lugar, la misma por la que él penetró aquella noche en la galería, esa que me siento incapaz de cerrar haga lo que haga.

—¿Y Nadia? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Alberto?

—¿No preferirías formular otras preguntas?

—No. —Empiezo a sentirme acorralada, nerviosa—. Contéstame. ¡Ahora!

Apoya el hombro en la pared y me dedica una mirada de fastidio. ¡A mí! ¡Cuando el único

fastidioso aquí es él!

—Te propongo algo; pregunta por pregunta, respuesta por respuesta.

Alzo la barbilla con actitud altanera. Si se cree que me va a hacer pasar por el aro va listo. Para ser el gallito de este corral no es necesario lucir una cresta colorada. Y pienso demostrárselo.

—No he venido a jugar.

—Pues desde mi punto de vista tienes dos opciones; aceptas y obtienes tus respuestas o nos quedamos aquí hasta que uno de los dos se canse. —Saca las manos de los bolsillos y cruza los brazos sobre el pecho al tiempo que se muestra muy pagado de sí mismo—. Y créeme, ese no seré yo.

Es un creído. Y un abusón. Y un gilipollas. Y un... y un... Dios, ¿por qué tiene que ser tan devastadoramente sexy? Da igual que esté cabreada con él, mi cuerpo va por libre.

De verdad que intento mantenerme firme, ¡lo hago!, pero mis hormonas parecen incapaces de captar el mensaje y están babeando de manera escandalosa. Por él. Sólo por él. Ya no importan

ni los Nathan, ni los Tyler ni ningún otro hombre. Ahora mismo mi cuerpo sólo quiere algo, necesita algo, ruega por algo... Y es por Gabriel Berling, maldita sea su mala sombra.

—¿Dónde está Alberto?

—¿Por qué devolviste la fotografía?

—Porque no estoy en venta.

—Respuesta equivocada.

Enarco la ceja izquierda con asombro. ¿Ahora va a determinar qué respuestas son válidas y cuáles no? ¿En serio?

—Pues es la única que tengo.

Sé que desafiarlo no es una actitud muy cuerda por mi parte, pero es que me tiene frita. Así que, o la acepta o me largo de aquí. ¡Y que se las apañe solito! Más simple, agua.

En cuanto a los demás, ya me encargaré mañana de hacer rodar cabezas en la oficina. O mejor pasado, que el día de Año Nuevo es festivo.

—Imagínate la escena: mi apartamento, esta tarde. Acabo de regresar de un agotador viaje de negocios de diez días a Tokio y me encuentro en el apartamento no sólo el correo de la oficina sino

también cierta fotografía de Green que, corrígeme si me equivoco, te regalé.

Y adjunta a ella una nota, añadido para mis adentros.

De repente empiezo a pensar que todo esto no ha sido nada más que una encerrona. Llamadlo sexto sentido si queréis, pero la cuestión es que sospecho que esta situación, junto a la extraña conversación que estamos manteniendo, se dirige a esa cuestión en concreto; la dichosa nota. Una que no debería de haber escrito, lo sé. Llevo arrepintiéndome de ello desde que el chico de la mensajería se llevó la fotografía ese lunes por la mañana. Pero a lo hecho, pecho. ¿O no?

Gabriel menea la cabeza con reprobación y chasquea la lengua. Tengo la sensación de que está dilatando el momento única y exclusivamente para desquiciarme los nervios.

Nos medimos con la mirada en silencio y me muerdo la cara interna de la mejilla para no gritarle que termine con esto de una puñetera vez. Nunca se me han dado bien estas situaciones. La incomodidad degenera en inseguridad, que a su

vez se convierte en un punto flaco que reforzar a la hora de que tu contrincante no te derribe al primer asalto.

Me miro las uñas, tan perfectas con su brillante laca dorada, y siento unas ganas terribles de mordérmelas hasta destrozar el esmalte.

—Sabes que no es cierto.

Ahí está. La referencia al contenido de la nota.

—¿Ah, no? —Aprieto los labios hasta formar una línea iracunda.

—Numeritos no, Dee. —Frunce el ceño—. Odio cuando hacéis eso.

Dios... Le arañaría la cara ahora mismo. Le haría tatuajes perennes con mis uñas si eso fuera posible.

—Tranquilo, no soy de esas. Eso le pega más a tus rubitas despampanantes, ¿no crees?

«¿Estás tonta o qué?», me recrimino. «Ya que estamos en ello, ¿por qué no le das lugar y hora y así terminas de meter la pata hasta el fondo?».

—Entiendo.

Quiero gritarle que no, que no entiende una

mierda. Que ni yo misma lo hago. Que todo está del revés y es por su culpa, ¡por su maldita culpa! Que ya no actúo con coherencia, ni sé lo que digo o lo que pienso. Que su mera presencia me afecta a tal nivel que no me reconozco a mí misma. Pero callo y me trago la rabia. Callo y me siento perdida.

—Lo hablaremos, pero no hoy. No ahora. — Levanta el pulgar—. Nadia hizo lo que debía, pero es un poco crédula y fácil de envolver. Deberías de solucionar eso. —Añade el índice—. A Alberto lo despedí hará cosa de cuarenta minutos porque su presencia ya no era necesaria y me parecía absurdo tenerlo revoloteando por aquí. — El dedo corazón se junta a los dos anteriores—. Has venido, eso es lo que importa. Eso era todo lo que necesitaba desde un principio.

Me quedo petrificada. ¿Ha engañado a la pobre Nadia con algún problema inexistente sólo para atraerme hasta aquí? ¿Con qué fin? ¿Demostrar que puede hacerme bailar al son que más le place, que me tiene en la palma de la mano? ¿Y por qué ella me llamó a mí en lugar de

contactar con Alberto?

La respuesta a esta última pregunta no formulada en voz alta llega al instante.

—Tu socio estaba ilocalizable, si es a eso a lo que le estás dando vueltas en este momento. — Su mirada brilla con maquiavélico placer—. Me encargué personalmente de que su móvil se... extraviara.

Me muerdo la lengua para no soltar una sarta de barbaridades. Esto es el colmo. ¡El colmo!

—Corrígeme si me equivoco —contraataco con lo único que me queda—, pero debía proporcionarte respuesta a dos preguntas más, ¿estoy en lo cierto? ¿Ya no estás interesado en ellas?

—Tengo lo que quería.

—¡Cuánta generosidad por tu parte! —escupo cáustica—. Pero lo justo es lo justo. ¿Qué quieres saber?

Se yergue y avanza un par de pasos en mi dirección. Su mirada de ónix me amenaza con tormenta si opto por continuar por ese camino.

—Tal vez quieras que te cuente qué tenía

pensado hacer con Tyler.

—No juegues con lo que no puedes controlar.

Dos pasos más. Me mantengo en mi sitio, con los pies anclados al suelo como si hubieran echado raíces, y alzo la barbilla y le sonrío con descaro.

—¿Es una amenaza?

—Un consejo.

—¿Tyler es tu amiguito, Gabriel? —Tres pasos más y lo tendré cerniéndose sobre mí—. Es un tipo... interesante. No, corrección; es excitante.

Cubre un paso, quedan dos. Humedezco los labios con la punta de la lengua y ronroneo mientras le digo lo mucho que me pone Tyler.

—¿Sabes lo que habría ocurrido si no nos hubieras interrumpido?

Otro más. Lo tengo encima, así que si voy a firmar mi sentencia tiene que ser ahora mismo.

—Que me habría tirado a tu maldito invitado, delante de tus putas narices, en mitad de tu condenada fiesta.

Me agarra por los brazos y me gira con brusquedad para a continuación hacerme

retroceder hasta que mi espalda choca de lleno contra la pared.

—No, Dee, y te diré por qué; porque nadie toca lo que es mío. Y Tyler lo sabe muy bien.

—No te pertenezco —mascullo entre dientes mientras él me agarra las muñecas y las alza por encima de mi cabeza, clavándolas contra el frío revestimiento—. No puedes adquirirme como si fuera un paquete de acciones, no tengo precio.

—Todos tenemos un precio. —Su boca asciende por mi cuello. El contacto es abrasador—. Pero yo no quiero comprarte, encanto.

El aroma de su piel es afrodisiaco para mí. Cada nueva inhalación pone mis pezones un poco más duros, cada nuevo roce de sus labios hace que mi sexo se contraiga con la expectativa.

—Te odio —gimoteo cuando su pierna se cuele entre mis muslos y se clava allí donde tanto lo necesito.

—Me deseas. —La frota contra mi sexo y sollozo—. Quieres que te folle.

—No —miento.

Busca mi boca y me retuerzo. Entonces, con

un gruñido, aferra ambas muñecas con una mano y sostiene mis brazos en alto al tiempo resbala la otra hasta agarrarme el cuello.

—Dilo —exige inmovilizándome para que no pueda huir de sus besos—. Quiero oírlo, Dee. ¡Dilo!

—Te odio.

Sus labios colisionan con los míos y los entreabren sin ninguna piedad. Jadeo cuando su lengua penetra con febril voracidad mi boca y me ahogo en su sabor, en la crudeza de sus embates, en sus eróticos giros. Me derrito contra él a la vez que me agarro a la chaqueta de su impecable esmoquin como si fuera mi tabla de salvación. Porque cuando me besa así me siento como un náufrago a la deriva en busca de una isla paradisiaca en la cual recalar. Y su cuerpo es la mía. La playa en la que quiero varar, la fresca sombra bajo la cual necesito dormir y soñar, el oleaje que anhelo sentir contra mi piel para calmar el sofocante calor.

De repente sus manos están en todos lados, al igual que las mías. Nos acariciamos con frenética

ansiedad, nos besamos como si este fuera nuestro último instante sobre la tierra. Devoro su respiración jadeante mientras lo alimento con la mía y aprieto mi pelvis contra la suya, en busca de su sólida erección.

Gabriel rompe el beso bruscamente y me acuna la cabeza con ambas manos, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Puedo estar así toda la noche, encanto. Puedo llevarte al límite e impedir que te corras. ¿Es eso lo que quieres?

Algo aturdida por la nube de lujuria que me embota la mente, intento enfocar la mirada en él antes de darle una respuesta.

—No.

—Entonces dilo.

No lo hago. Me limito a contonearme sobre su pierna, buscando la liberación con cada nuevo roce, para terminar por gemir frustrada cuando Gabriel la retira casi al instante, dejándome demasiado caliente, demasiado necesitada de lo que sólo él puede darme.

—Fó...

Soy interrumpida por un ruido de pasos que se aproxima al lugar en el que estamos.

Mascullando un exabrupto, recoge mi chaqueta del suelo, me arrastra hasta uno de los ascensores y me empuja a su interior.

—¿A dónde me llevas?

Su dedo aprieta el número ochenta y seis y las puertas se cierran, aislándonos del mundo.

—Al observatorio.

—Pero... —No puedo terminar de hablar porque de repente estoy demasiado ocupada en otros menesteres.

Para cuando el ascensor llega a su destino, mi boca ha sido concienzudamente poseída y mis labios se sienten deliciosamente hinchados.

—Faltan... —Mira su reloj—. Dos minutos para la medianoche. ¿No te gustaría empezar el año gritando tu orgasmo a las estrellas, encanto?

—Por un casual, ¿eso incluye un trasero congelado?

Capítulo 10

Aquí fuera, en el observatorio, hace frío, mucho frío, pero Gabriel y sus jugueteos me mantienen lo bastante caliente como para olvidar ese pequeño detalle.

Apoyada contra su pecho, me dejo ceñir por sus fuertes brazos y me rindo ante su asalto de besos húmedos y caricias lascivas. Me entrego a esas manos invasoras que se cuelan por debajo de la chaquetilla y del amplio escote en busca de piel desnuda. Gimo y me derrito cuando traza con las yemas las fruncidas areolas para luego jadear al sentir el aleteo de su lengua sobre la delicada piel de detrás de la oreja.

Su mano izquierda resbala por mi vientre, por la curva de la cadera. Retengo el aire en los pulmones en el preciso instante en que alcanza mi rodilla y levanta la tela con la clara intención de deslizarse entre mis piernas.

—Ábrete para mí, Dee.

Obedezco.

El roce de la palma abierta contra la

receptiva piel de la cara interna de mi muslo es perverso y sensual, como él; el ascenso, atormentadoramente lánguido, me hace entrar en una espiral de deseo y excitación.

Para el momento en que se introduce en el interior de mi minúscula y festiva ropa interior, yo ya estoy vergonzosamente resbaladiza y lista para él. Esperando ansiosa lo que quiera hacer conmigo.

—Tienes la cuenta atrás para correrte.

Ochenta y seis pisos por debajo de nosotros, no muy lejos de allí, el millón de neoyorquinos que ocupan cada migaja de asfalto y acera de Times Square gritan «¡Diez!» mientras la Waterford Crystal Ball inicia su lento y luminoso descenso. Al mismo tiempo, yo susurro un trémulo «Diez» a la vez que Gabriel empapa los dedos en mi esencia y los desplaza hasta el clítoris, que empieza a estimular sin piedad.

—Nueve.

Lo rodea con círculos rápidos, furiosos, apretados.

—O... ocho.

Sus yemas resbalan de arriba abajo, de un lado a otro, cambiando el patrón de movimientos constantemente.

—Sie... te.

Me balanceo con un profundo gemido contra su mano al mismo tiempo que él intensifica el impulso y la velocidad. Siento chispazos en mi interior.

—Seissss.

Aprieta el brote con el pulgar y desliza el índice y el corazón en mi ajustada y húmeda vagina.

—Cin... ciiinco.

No puedo. Es demasiado. Sus penetraciones son duras e intensas, como si quisiera rozar a los rincones más recónditos de mi sexo con la yema de los dedos. Temblorosa, me inclino hacia delante y me aferro a la valla de metal que rodea la terraza.

—Cu...

Aprieto el agarre hasta que los nudillos se ponen blancos.

—No pares —me ordena.

Dios mío... Me voy a resquebrajar. Ha

encontrado mi punto débil y lo está estimulando sin piedad.

—... atro.

Me duele y aún así no quiero que pare. Embiste incansable en mi interior sin parar de frotar mi clítoris, que arde en llamas.

—Treeees.

Es retorcido, feroz, implacable. Las paredes de mi sexo lo ciñen con avara brutalidad, palpitando a su alrededor

—Do... os.

Está ahí. Lo siento. Me abandono al clímax, lo abrazo.

—¡Uno!

Estallo al mismo tiempo que los fuegos artificiales iluminan el cielo de la isla de Manhattan y el eco de la algarabía de los fiesteros que han invadido Times Square se propaga por toda la ciudad como una onda expansiva.

El grito que se escapa desde las profundidades de mi garganta es pura y cruda liberación. Noto las piernas flojas, tanto que me cuesta mantenerme en pie. Sé que, si no me agarro

con fuerza, me desplomaré de rodillas sobre el nevado suelo del observatorio, pero Gabriel lo impide. Tomándome entre sus brazos, me lleva en volandas al interior.

—No te haces una idea de lo preciosa que te ves cuando te corres.

Su boca busca la mía y enredamos nuestras lenguas en un beso salvaje. Me estoy poniendo caliente de nuevo. Acabo de tener un orgasmo muy intenso y quiero más, necesito más. Y todo por su culpa. Él me hace esto, me convierte en una mujer insaciable que sólo busca una cosa: follarme al increíble y sexy señor Berling hasta que sea incapaz de pensar, de hablar, de moverme.

—Eres diabólico —lo acuso con voz ronca, sin dejar de acariciar su cabello revuelto por el aire frío y de mordisquearle los labios.

Sé que, tratándose de él, resistirse es una batalla perdida de antemano. Da igual lo resuelta que esté a no caer en la tentación; cuando se trata de este hombre, mi voluntad se desvanece como el humo.

—Y eso te pone cachonda. —Se acuclilla y

me deposita en el suelo—. Admítelo.

—Sí.

—Pareces hecha de chispeantes burbujas de champán, encanto, y pienso beberte.

Me desnuda hasta dejarme sólo con los zapatos, la liga y...

—Interesante lugar para llevar un móvil —se carcajea al tiempo que lo desengancha y lo introduce en el bolsillo de la chaqueta de su esmoquin—. Así no lo perdemos.

De rodillas entre mis piernas, me coge la izquierda por la pantorrilla y la levanta hasta hacerme apoyar el tobillo sobre su hombro. Entonces, vira el rostro y sus labios me besan allí antes de iniciar un erótico descenso hacia la ingle plagado de roces húmedos y abrasadores lametones.

—Qué coño tan bonito tienes —murmura acariciando mis aduladas partes tras depositar la pierna en el suelo, antes de volver a la posición inicial para repetir la jugada con la otra—. Te lo comería durante horas.

—Menudo lenguaje te gastas, Berling —lo

reprendo divertida.

Su boca se detiene en la curva de mi rodilla por un segundo.

—No.

Reinicia el tortuoso descenso hasta alcanzar mi feminidad.

—Cuando te beso, te acaricio, te como el coño... Soy Gabe, no Berling. Cuando deslizo mi polla en ti y te follo, sigo siendo Gabe, no Berling. Y cuando hago que te corras y te lleno con mi...

—Levanta una de las comisuras y esboza una sonrisa torcida—. Bueno, entonces da igual lo que grites, porque soy consciente de que ya no puedes pensar con coherencia.

—Creído.

—Déjame demostrártelo.

Su boca cae sobre los empapados pliegues de mi sexo como un ave de rapiña, provocando que me combe entre jadeos al tiempo que agarro su cabello a puñados y le empujo el rostro contra mí para que me tome por completo. Para que pruebe otra vez el intenso sabor de mi excitación.

Le araño el cuero cabelludo cuando me

muerde los labios vaginales y aspira mi endurecido botón con fuerza. Es un auténtico animal, pero no me importa. Al contrario, me gusta. Me pone más caliente.

Me pierdo bajo su voracidad, tiemblo presa del éxtasis al sentir cómo la punta de su lengua me penetra. Pero no es suficiente. Lo quiero desnudo, deslizándose en mi interior con su duro miembro, poseyéndome embestida tras embestida, balaceándose contra mí hasta estallar juntos.

De repente, abandona mi palpitante sexo y me besa con dureza, obligándome a probar mi propio sabor en su boca mientras abre con manos apresuradas el pantalón y extrae su imponente erección.

—Date la vuelta.

Gabriel no pide; ordena. Su vocabulario está repleto de imperativos que no admiten vacilaciones o negativas por respuesta. Y yo obedezco y giro hasta yacer sobre mi vientre, pese a que una parte de mí todavía ansía rebelarse contra su tiránico modo de conducirse conmigo.

Más allá del ventanal, los fuegos artificiales

continúan llenando de brillo y color el oscuro firmamento. Aquí dentro, él me toma por las caderas, las levanta hasta tenerlas en el ángulo que quiere y se hunde en mi interior como la bestia sexual que es; sin miramientos y con un grave gruñido reverberando en su pecho.

Ni siquiera se ha tomado la molestia de desnudarse y el roce de su ropa contra mi piel desnuda es erótico y perturbador. Me pregunto cómo nos veremos juntos en este momento, que imagen de lujuria y abandono estaremos a recrear.

Sus cambios de ritmo me enloquecen. Tan pronto me posee con embestidas rudas, cortas y rápidas como se desliza en mi apretada vagina con movimientos perezosos, largos y delicados que despiertan todas las terminaciones nerviosas de mi interior.

Me excitan los sonidos que generamos juntos, el aroma que creamos, el intenso placer que compartimos.

Afianzo las manos en el suelo y roto las caderas en eróticos ochos al tiempo que le pido que me acaricie los pechos, lo que hace con una

mano mientras que introduce la otra entre mis piernas y propina golpecitos a mi clítoris.

—Deseaba esto —resuella en mi oído, apoyando el torso contra mi espalda y redoblando el ritmo de las penetraciones—. Me he imaginado haciéndotelo de una y mil maneras distintas.

—Gabe...

—Sí, joder, sí. Gime mi nombre mientras te follo.

—Gabe... —Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia delante sin poder reprimir mis gritos de placer—. No pares, no... pares.

Estoy eufórica, pletórica. No puedo pensar en nada más que en él, en lo que me hace, en lo que siente mi cuerpo. El orgasmo se forja a fuego vivo con cada golpe de su pene, con cada pellizco en mis pezones, con cada roce en mi brote, con el sonido de su voz que me describe cómo se siente el estar dentro de mí, la maravillosa vista de la que goza tomándome así.

Sus palabras son crudas, descarnadas. Hacen magia en mi cuerpo.

—Ya casi... —Estoy a punto—. Ya...

—Ahora, Dee.

—Necesito... un poco más.

Incrementa los toques y mi sobre estimulado clítoris termina por rendirse ante la fiereza del asalto al que es sometido.

—No, ¡ahora!

No sé cómo lo hace, pero culmino al instante entre temblores y palabras incoherentes, estrujando su miembro con las pulsantes paredes de mi sexo y rogándole que se corra, que me lo dé todo de él.

Tras derramarse con un rugido, caemos al suelo jadeantes y satisfechos. Ronroneo y tiemblo cuando él se retira cuidadosamente de mi interior y sonrío para mis adentros al notar la manera en que me aparta el pelo de la nuca y lame la piel perlada por el sudor, haciendo que ronronee de nuevo.

Con un suspiro, lo empujo un poco para que me deje espacio para poder ponerme bocarriba.

Bien, lo he hecho. He vuelto a tener sexo con el «increíblemente talentoso en la cama» Berling. Y ha sido faaaaabuloso. Lo que ya no tengo tan claro es cómo me siento respecto a los tejemanajes

que se ha traído entre manos para volver a tenerme donde quería. ¿Debo de sentirme halagada o tal vez ha llegado el momento de huir antes de que imponga un precio por mi alma?

—Feliz Año Nuevo, encanto.

Gabriel me observa un rato en silencio, con un brillo inescrutable en sus ojos de ónix, mientras yo dibujo la línea de sus cejas y me mordisqueo el labio inferior, sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

—Feliz Año Nuevo, señor Berling —musito con voz ronca.

—Qué formal ha sonado eso —se mofa—. Veremos si mantienes esa fachada de niña buena cuando te tenga de rodillas ante mí, chupándomela.

Pasea el pulgar a un lado y otro de mi boca, repetidas veces, hasta que lo coloca en medio del labio inferior y me la entreabre.

—La tomarás hasta el fondo, Dee.

Le chupo la punta del dedo con un murmullo juguetón y revoloteo la lengua a su alrededor.

—Sí, lo harás. Y tragarás cada gota.

—No te acostumbres, Gabrielito, porque no

habrá tercera vez.

—¿Y eso quién lo dice?

—Dee Vargas.

Me estoy tirando un órdago en toda regla, lo sé. Si él quiere volverá a tenerme. Es un demonio y no tengo escapatoria.

—¿Lo quieres por escrito?

—Primero escucha mi propuesta. —Mierda, esa expresión de implacable hombre de negocios que acaba de poner me da miedo—. Luego, si quieres, pones por escrito lo que se te antoje.

Capítulo 11

Es la una y pico de la madrugada y, en lugar de estar de vuelta en el *Glam*, me encuentro sentada en mi cama, con las piernas cruzadas al más puro estilo Gerónimo y envuelta en el albornoz tras una larga ducha.

Llevo diez minutos sumida en mis pensamientos, en un intento por asimilar la inesperada propuesta de Gabriel y todas sus posibles consecuencias.

La gran pregunta que he de responderme a mí misma es hasta dónde estoy dispuesta a llegar para conseguir la codiciada Gala Benéfica de Primavera.

«Piénsalo, Dee. No se llega a la cima respetando las reglas establecidas. ¿Vas a permitir que los escrúpulos decidan por ti?».

Dios sabe que jamás he sido una santa. Mi ex jefa, mentora y actual rival diría que soy una maldita zorra. ¿La realidad? Aprendí de la mejor y pulí sus errores. ¿Tengo yo la culpa de que hubiera gente que me prefiriera a mí antes que a ella, una

tirana? No. ¿Resultado? Cuando creé *Candilejas* junto con Alberto, arrastré conmigo a algunos de los integrantes de la plantilla y un nutrido conjunto de clientes que prefería mis maneras a las suyas.

¿Juego sucio? No. O al menos así es como yo lo veo. Los bonitos discursos acerca de la ética profesional y todo ese blablablablá no hacen grande un negocio ni se corresponden con lo que nos encontramos en la vida real. ¿Me gusta? No, ni mucho menos, pero el mundo es una jungla y sobrevivir es la máxima.

Ante la perspectiva de devorar o ser devorado, ¿cuál es la decisión adecuada? Para mí no hay lugar a dudas; la primera. Y si para ello he de pisar antes de que me pisen, lo hago. Aunque nunca gratuitamente, nunca con placer.

«Tienes veinticuatro horas, pero sé que no las necesitas. Nos parecemos más de lo que te figuras y sé cuál va a ser la respuesta».

Me estiro para coger el teléfono inalámbrico de encima de la mesilla de noche y busco en la agenda el número de teléfono del loft de mi socio.

—No lo hagas, no lo involucres —me digo a

mí misma en voz alta—. No sería justo.

A pesar de todo, mantengo el dedo inmóvil sobre la tecla sin dejar de mirar la pantalla como hipnotizada.

¿Estoy siendo egoísta por querer que otra persona tome la decisión por mí? ¿Por pretender que cargue en la conciencia con todo lo que implica el trato de Berling?

En el fondo Gabriel tenía razón. Sé la respuesta, lo que pasa es que me incomoda el admitir que sería capaz de entrar en su juego por conseguir alcanzar mis objetivos.

Dejo caer el teléfono en el hueco entre mis piernas cruzadas y hundo el rostro en las manos para ahogar un grito de impotencia. Entonces, el timbre de la puerta de mi apartamento suena una vez, dos, y luego el silencio regresa con toda su pesada densidad.

Me levanto y camino descalza por el pasillo en dirección a la entrada, preguntándome quién demonios podrá ser a estas horas de la noche.

—Hola, encanto.

Hablando de demonios...

—¿Cómo has conseguido burlar al portero?

—pregunto con el ceño fruncido a la vez que me cruzo de brazos.

La política de la comunidad de vecinos de este edificio es que el portero del turno de noche no debe admitir el acceso de visitas a partir de la hora límite a no ser que el inquilino haya dado un aviso previo. O, en el caso de que no lo hiciera, su deber es llamarlo para comunicárselo. Lo que no ha sucedido, dada la presencia no anunciada de Gabriel en la puerta de mi apartamento.

—No lo burlé, tan sólo lo convencí de que debía dejarme pasar.

—No me digas.

—Supuse que necesitarías recuperar esto. —

Al tiempo que habla, introduce la mano en el bolsillo del esmoquin y extrae mi minúsculo móvil, el que me veo obligada a usar cuando no llevo bolso—. Pero si no es así...

Se lo quito de la mano antes de que le dé tiempo a cerrar los dedos en torno a el y lo señalo de manera acusadora con el dedo.

—Tú no estás aquí por eso.

Apoya la palma en el marco de la puerta, por encima de mi cabeza, y se inclina con una sonrisa intrigante en los labios.

—No estoy aquí sólo por eso.

Se mueve un poco más hacia mí y su boca acaricia mi sien mientras me habla con su deliciosa y grave voz de barítono.

—Tienes algo que quiero. —Aspira el aroma a gel de fresas que emana de mi piel con un gruñido—. Hueles tan bien que dan ganas de comerte.

Desliza los labios por mi mejilla y mandíbula hasta llegar al cuello y luego asciende hasta la parte de atrás de mi oreja para depositar un beso allí.

—Si has venido por más sexo, te advierto de que he cerrado por hoy.

Su risa baja contra mi sensible piel me hace estremecer.

—Ambos sabemos por qué estoy aquí.

—Dijiste veinticuatro horas.

Enlaza mi cintura con el brazo que tiene libre y me atrae a su cuerpo caliente y tentador.

—No las necesitas y lo sabes.

Mierda. Es cierto. Esa es una de las muchas cosas que odio de él. Me lee como un puñetero libro abierto a pesar de que apenas me conoce.

—Me dejarás pasar, encantadora, preciosa, Dee.

Me siento como si estuviera a punto de hacer un pacto con el Diablo. ¿De verdad estoy dispuesta a dejar entrar a la encarnación de Mefistófeles en mi vida?

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)